

Ritos y canciones en torno a la identificación del ganado en el valle de Chancay¹

El rodeo de San Juan de Viscas

Alejandro Ortiz Rescaniere

Juan Javier Rivera Andía

*Gherson Eduardo Linares Peña**

Canción de un fondo que solo sospecho
Vicente Aleixandre

El presente trabajo describe los ritos en torno a la identificación del ganado en una comunidad de la sierra de Lima: San Juan de Viscas. La descripción es resultado de un proyecto de recopilación de tradiciones (desde mitos e historias de vida hasta aforismos y testimonios de fiestas y canciones) en toda la cuenca alta del valle del Chancay, labor que venimos realizando desde 1999. Las canciones reunidas fueron recogidas en varias comunidades del valle del Chancay (pertenecientes a los distritos de Pacaraos y Santa Cruz) entre los años de 1999 y 2001.

1 Este artículo es parte de un trabajo más amplio que intenta registrar (gracias al apoyo de la Dirección Académica de Investigación, del Centro de Etnomusicología Andina y del Departamento de Ciencias Sociales de la PUCP) las manifestaciones culturales más importantes del valle del río Chancay; trabajo cuyo siguiente fruto será un libro de Juan Javier Rivera consagrado a los ritos ganaderos en dicha región. Participaron en esta investigación, además de los autores, Alejandro Diez, Alex Huerta-Mercado, Giuliana Borea, Claudia Neyra, Dolmar Montesinos y Sonaly Tuesta (de Televisión Nacional), en la misma comunidad de Viscas; y en otros pueblos de la comarca: Adriana Dávila, José Carlos Naveda, Guillermo Salas y Marcel Velásquez. Debemos agradecer a los habitantes de las comunidades de San Juan de Viscas, San Miguel de Vichaycocha, Santa Catalina de Collpa y San Juan de Chauca; en especial a doña Mafalda Garay, a don Nicolás Florecín, a don Danilo Quintana, a don Alejandro Vilcas, a don Aquiles García Pastrana, a don Álvaro Anaya Patiño, y a don Olimpio Huamán Pastrana.

* Ortiz Rescaniere y Rivera Andía son antropólogos y profesores del departamento de Ciencias Sociales de la PUCP. Linares Peña es estudiante de economía en la facultad de Ciencias Sociales de la misma universidad.

1. LA COMUNIDAD DE SAN JUAN DE VISCAS

El pequeño pueblo de la comunidad de San Juan de Viscas reposa sobre una agreste y alta planicie en la margen derecha del río Chancay. En la parte más alta de ese breve llano están la plaza del pueblo y su magnífica iglesia de piedra. Desde esta plaza, ubicada a 3750 m, es posible ver, en dirección este, las inmensas rocas negras que, manchadas de nieve, forman la frontera natural entre los departamentos de Lima y Junín. Pero la línea de cumbre de los Andes occidentales no es lo único que puede verse desde Viscas: la cordillera de la Viuda, a cuyos pies reposa el valle de Canta, y cerca de siete pueblos del valle pueden ser vistos desde las distintas calles que conforman la villa. Las tierras de la jurisdicción de Viscas permiten el cultivo a diferentes altitudes y la crianza de grandes cantidades de ganado en sus extensos pastizales y en las tierras sin riego durante los períodos en que estas dejan de cultivarse y después de la cosecha. Las tierras de Viscas, de relieve muy accidentado y de fuerte pendiente, se sitúan entre los 2700 m hasta los 4800 m de altura. Limitan con las comunidades de San Juan de Coto, por el oeste, y San Pedro de Cárac, por el sur; hacia el norte, con la comunidad de Santa Lucía de Pacaraos y con Santa María Magdalena de Ravira, por el este. Cárac y Coto pertenecen al distrito de 27 de Noviembre y sus villas están considerablemente lejos de Viscas; por el contrario, los pueblos de Pacaraos y Ravira —ubicados dentro del mismo distrito al que pertenece Viscas— se encuentran a pocos kilómetros de distancia.

Los habitantes de Viscas se organizan en torno a la división del pueblo en dos mitades principales: Cachir y Alto. Los llamamos así porque en algunos contextos rituales, como el rodeo, aparecen dos barrios adicionales: Tapas y Callas. Pero no se trata de dos grupos independientes, sino que están claramente adscritos a los barrios principales ya mencionados. Así, el barrio Callas sigue la misma melodía que caracteriza al barrio Alto y lo diferencia de su oponente: el barrio Cachir, al que se adscribe de igual manera el barrio Tapas. Aunque parece delinearse un sistema de dos pares jerarquizados externa e internamente —sistema que cobra vigor en los ritos y en los recuerdos del pasado—, en el ámbito cotidiano y festivo predominan solo Cachir y Alto. En Viscas hay seis hermandades. Las hermandades de la Virgen del Carmen y Santa Cecilia son las más populares. Les siguen en vitalidad las cofradías de la Virgen de la Asunción (o “Asunciona”), del Señor de la Exaltación y de Santa Rosa de Lima. Hay, además, una hermandad cuyo culto, desaparecido hace ya varios años, ha sido retomado recientemente por una institución nueva en el pueblo: la hermandad de la Virgen Purísima es ahora celebrada por el club de madres.

2. EL RECONOCIMIENTO DE CAPITANES Y EL NOMBRAMIENTO DE SUS VASALLOS (24 DE AGOSTO)

2.1. *Los capitanes*

Las celebraciones de las cofradías se dan por terminadas con el advenimiento de la noche del veinticuatro de agosto. Entonces, un alguacil repica las campanas de la iglesia y otro llama a través de un altoparlante:

—¡A cabildo, señores!

Los comuneros van llegando sin prisa ni demora. Estos hombres maduros y vestidos con sombreros, camisas, sacos y ponchos entran en la sala saludando a todos con una venia y ocupan discretamente las dos filas de bancas apostadas a lo largo de la habitación. El espacio entre ambas filas, colocadas una frente a la otra, no es ocupado por nadie. En uno de los extremos de la amplia habitación, frente a un largo escritorio, se encuentran las autoridades de la directiva comunal. El teniente gobernador, el tesorero, el presidente (sentado al medio), el fiscal y el secretario conversan entre sí y con los comuneros más próximos mientras esperan la orden para comenzar. Algunos rostros de muchachas y niños asoman, entre graves y alegres, desde el umbral de la puerta. En el otro extremo, frente a la directiva comunal, se apretuja otro grupo donde predominan las esposas de los comuneros y los mozos del pueblo.

Un rumor se oye de pronto. Dentro del salón atestado, todos callan y prestan atención. Al comienzo se distinguen apenas unos gritos muy agudos llamados *wahes* o guapeo. Poco a poco, y a medida que la expectativa crece en los rostros, se percibe el aporreo acompasado de un tamborcillo y, poco después, el golpeteo sordo de una vara.

—¡Huaaaji! ¡Aaaje! ¡Pum! ¡Pum! ¡Huaaaji! ¡Aaaje! —se escucha cada vez más cerca. Algunas sonrisas se dibujan oyendo el impetuoso guapeo y, entonces, aparecen dos hombres frente a la puerta del salón. Ambos, cada uno más soberbio y exaltado que el otro, se detienen sin dejar de guapear. Iluminados por la luz que despide el interior del local, reconocemos a los regidores del barrio Cachir. Quien bate el tamborcillo es el primer regidor, mientras que el *campo* —el regidor de mayor jerarquía— agita la bandera como si pretendiera clavarla en el suelo. Ambos jóvenes lanzan fuertes y agudos *wahes* antes de entrar a la habitación en completo silencio. El *campo* pone la bandera en posición horizontal y atraviesa la puerta del salón con su imponente carga. Es solo detrás de sus plumas y largas cintas de vivos colores que se ve aparecer a los dos hombres. Los dos hombres se acercan al escritorio de la directiva comunal (que observa la escena de pie) y hacen una respetuosa venia. El *campo*

apoya el extremo superior de la bandera sobre el lado izquierdo del escritorio, y el primer regidor deja también allí su pequeño tambor. La cruz, preparada por la directiva comunal, es puesta sobre la *tinya*, siempre en el lado que corresponde al capitán del barrio Cachir. Estas cruces, a diferencia de la bandera y la *tinya*, no deben ser adornadas antes de ser entregadas a los alcaldes. Solo una vez en su poder, serán adornadas, pintadas e identificadas con el barrio al que pertenecen.

Los regidores toman asiento en el mismo lado que ocupan el capitán, el alcalde y los demás comuneros de la mitad cuyo emblema trajeron al salón. Desde hace unos momentos, en medio del silencio impuesto dentro del salón, se han comenzado a oír nuevos guapeos. Son los dos regidores con los emblemas del barrio de Alto. A partir de entonces, las escenas se repiten con igual emoción e interés. Es notorio que aquellos que se identifican con el barrio de Alto están aun más atentos. El tambor y la bandera —ligeramente distinta a la del barrio Cachir— atraviesan el salón y son dejados sobre el lado derecho de la mesa, lugar que corresponde, como la fila de bancas, a los comuneros del barrio de Alto y a sus autoridades del rodeo. Una vez que los emblemas de ambos barrios están listos y en su sitio, la sesión comienza.

2.2. *Banderas de múltiples colores, tamborcillos de gala y cruces ascéticas: los emblemas del rodeo*

Los capitanes, los alcaldes, los regidores y los emblemas de ambos barrios están, pues, listos. La ceremonia se inicia. Las autoridades de la directiva toman asiento y componen sus sombreros. Entonces, un cuadro del Corazón de Jesús aparece detrás de ellos, en la pared. En los extremos del escritorio están las plumas multicolores de las banderas, las *tinyas* adornadas de cintas y las cruces de madera. En el centro de la mesa, y justo bajo el cuadro del Cristo, hay una pequeña réplica de la bandera nacional del Perú. Además, entre los símbolos nacionales y los emblemas del rodeo, los capitanes han puesto dos botellas de “quemadito”. El quemadito se obtiene mezclando aguardiente e infusiones de distintas yerbas (anís, escorzonera, *huamanripa* y *vira-viray*). A la mezcla, contenida en una olla puesta sobre el fuego, se agrega zumo de limón, canela y azúcar, tanto en grano como previamente derretida. Es quizá en alusión a este procedimiento que los criadores de Viscas gustan hablar de esta bebida, llamada también draque, como de un “trago cocinado, hervido y condimentado”.

Uno a uno, los miembros de la directiva toman la palabra: hacen recomendaciones generales, presentan a los visitantes y dan a conocer las nuevas dis-

posiciones que atañen al rodeo. El presidente es quien habla al final. De modo solemne, empieza nombrando a los capitanes de ambos barrios. Pide al capitán del barrio Cachir que se ponga de pie y se adelanta para coger la bandera puesta al lado izquierdo. Una vez que el presidente está frente al capitán, pone en sus manos el largo y pulido mástil de la insignia de su barrio. El nuevo capitán sostiene la bandera ligeramente inclinada y pronuncia algunas palabras de agradecimiento. Luego, y con igual ceremonia, el presidente entrega la otra bandera al capitán del barrio Alto. Ninguno copia al otro y ambos capitanes se ven ansiosos de mostrar una mejor actuación que la de su par.

El asta de la bandera está hecha del tronco del eucalipto, que es delicadamente tallado hasta darle una dimensión de diez centímetros de diámetro y cuatro metros de alto, y posteriormente pulido y barnizado. La mitad superior del mástil es cubierta con mantas de lana (llamadas *gara-katas*) cosidas a modo de estandartes. Sobre las mantas se cosen, además, largas cintas y amplios pañuelos de tan amplia variedad de texturas como de tonalidades. Cintas y pañuelos cubren casi por completo las mantas y el mástil en un estallido de colores bajo el cual apenas queda un metro de palo desnudo. El extremo superior del asta termina en un pequeño triángulo de madera del que cuelgan grandes cascabeles de bronce. Corona el conjunto un gran adorno de coloridas plumas erguido sobre los cascabeles. Esta es la bandera que los regidores traen al salón comunal la noche del veinticuatro de agosto. Con el paso de los días, cada barrio irá sumando nuevos elementos a las banderas: algunos penachos adicionales más pequeños que el primero, una decena de espejuelos con marcos de colores en forma de estrellas y de flores, y muñecos y figurillas de trapo que simbolizan hombres sonrientes y toros bravos. El conjunto que resulta de la unión de todos estos elementos es quizá la más hermosa y original creación del rodeo en el valle del Chancay.²

2 Tenemos noticia del uso actual de banderas similares en las comunidades San Juan de Coto (distrito de 27 de Noviembre), Santa Catalina de los Baños (distrito de Santa Cruz de Andamarca) y San Pedro de Pirca (distrito de Atavillos Alto), todas pertenecientes al valle del Chancay y a la provincia de Huaral. Sin embargo, su uso debe ser aun más extendido, como lo dejan ver los datos recogidos por Alejandro Vivanco y José María Arguedas. En general, el uso de banderas en los ritos andinos parece estar más o menos extendido, aunque no posea el grado de sofisticación de las comunidades que venimos estudiando. De todos modos, parece haber una asociación recurrente entre el recorrido por las alturas y este emblema. En otro valle de la sierra de Lima, Santa Eulalia (provincia de Huarochirí), las autoridades ascienden a las alturas, durante la fiesta del agua, provistos de “varas de mando, adornadas con cintas de colores y cascabeles” (Vargas 1990: 202). En la peregrinación del *qoyllur rit'i* (provincia de Quispicanchis, Cuzco), varios grupos de jóvenes disfrazados

La bandera es una atribución exclusiva del capitán durante los tres días y cuatro noches posteriores al reconocimiento. En cambio, a partir del día veintisiete (en que se marca el ganado), cada familia ostenta su propia bandera, más modesta que las de los capitanes. Pero hay, además, diferencias notables entre las mismas banderas de los capitanes de ambos barrios.

En todas las conversaciones que entablamos en Viscas acerca del día del reconocimiento, nos dijeron siempre que el capitán del barrio Cachir recibía la bandera más hermosa. Cuando presenciábamos la ceremonia del día veinticuatro, preguntamos en varias ocasiones cómo era que distinguían la bandera “más bonita”. La respuesta, siempre inmediata, para todos era evidente:

La diferencia es el plumero, pues. No son iguales en cada bandera. La más bonita, la que tiene más colores, es siempre para Cachir. Es así porque el barrio de Cachir tiene más ganado vacuno y tiene más ganaderos que Alto.

Hemos comprobado que las banderas guardan diferencias en cuanto al tamaño del asta, la cantidad de cintas y la presencia de algunos adornos, como pequeños espejos con forma de estrellas. Pero la diferencia que es tenida más en cuenta por los miembros de ambos barrios se refiere a los penachos de plumas que ambas insignias llevan en su extremo superior. Estos emblemas, de cerca de cuarenta centímetros de alto, varían sutilmente tanto en la intensidad como en el ordenamiento de sus colores. Mientras una de ellas tiene plumas de colores más vivos (como azul y rojo), los tonos de la otra se mantienen en un espectro mucho más tenue (celeste y rosado, por ejemplo). Pero, además de ostentar tonalidades con mayor o menor contraste entre sí, los penachos también muestran una diferencia notable en cuanto a la distribución de los colores. Las plumas más tenues poseen un orden que las agrupa según el color: determinado sector de un penacho es amarillo, otro es rosado y otro celeste, mientras que en el otro penacho, de colores más contrastados, es difícil discernir grupos de un solo color predominante debido a la gran dispersión de sus colores. El resultado es, pues, un penacho de colores tenues y demarcados, y otro de tonos contrastados y completamente dispersos. Y es este pena-

de osos (llamados *ukukos*) portan una bandera en el momento de su ascenso a los nevados. Aquí también, pues, se trata de jóvenes con una prerrogativa exclusiva que consiste en el ascenso a las alturas y de un emblema asociado a esa misión. El uso de banderas peruanas en muchos ritos andinos —en los que aparentemente están fuera de contexto e incluso son puestas al revés— puede explicarse como una transformación de antiguos emblemas. En el caso de la comunidad de Pacaraos, por ejemplo, a fines del siglo XIX, la directiva comunal propuso reemplazar “antiguos ornamentos prehispánicos, bajo pena de multa” por la bandera nacional.

cho de colores contrastados y difusos el que corona la bandera más hermosa, aquella que recibe el capitán de la parcialidad de Cachir.

Ahora es el turno de los alcaldes. Cada uno recibe, en el mismo orden que los capitanes, la cruz y el tamborcillo de su barrio. Esta vez no hay discursos largos, pero todos están atentos a las palabras del presidente y a los gestos y movimientos de los alcaldes. La cruz mide más de un metro de alto y, como dijimos, no posee ningún adorno. Sin embargo, a medida que transcurre el tiempo irá adquiriendo algunos distintivos. El alcalde la pintará de verde e inscribirá —a lo largo de sus brazos y con tinta roja— el nombre de su barrio. El día del despacho de los vasallos se le anudará una manta con diseños de listas de colores y decenas de collares colgarán de ella.

A diferencia de la bandera del capitán, la cruz y la *tinya* que los alcaldes reciben son emblemas provisionales y no exclusivos de sus cargos. Deberán entregarlas a dos vasallos escogidos por el capitán. Uno de ellos llevará la cruz hasta los límites del territorio de Viscas (el día de la reunión del ganado en las alturas) y el otro utilizará el tamborcillo para velar las reses agrupadas en el redil de la comunidad (el día del descenso del ganado al pueblo). Sin embargo, el alcalde hará un uso muy especial e importante de la cruz hasta el día veintiséis de agosto. Y, cuando se deshaga de ella, asumirá el papel de guardián y sus distintivos propios, o portará una bandera de menor categoría que la del capitán.



Emblema del capitán de la mitad Cachir (San Juan de Viscas, agosto de 1999).

Foto: Juan Javier Rivera Andía

2.3. *Los vasallos del capitán, su peligrosa y única misión, y el fin del reconocimiento*

Después de que los capitanes han recibido sus emblemas, el presidente de la directiva entrega a cada uno la nómina de sus vasallos. Los vasallos o “personales” son quienes reunirán las reses dispersas en las alturas de la comunidad. Cada capitán recibe una lista confeccionada por la directiva comunal que está integrada por los jóvenes de más reciente inscripción en el padrón de comuneros. Pero estas listas no son excluyentes y pueden sumarse a ellas todos los mozuelos con ánimo de aventurarse por las altas estepas donde mora el ganado. Al final, el número de vasallos asciende a alrededor de veinte, entre comuneros nuevos, muchachos ansiosos de conocer sus avatares y jóvenes parientes. Pero, sea cual sea su motivo, el vasallo suele ser joven y soltero y siempre está sometido al mando del capitán de su barrio. Aunque hay excepciones: muchos hombres casados y hasta algunas viudas comparten la misión del vasallo. Sin embargo, estas mujeres y estos hombres maduros no están agrupados en torno a los barrios de Cachir y Alto, y solo acopian el ganado de las “moyas” (dehesas boyales) cercanas al pueblo.

Después de entregar la nómina de vasallos a los capitanes, el presidente vuelve a tomar su lugar detrás del escritorio. Los capitanes observan los nombres de su lista mientras el presidente se dirige a los comuneros reunidos en el salón para dar fin a la ceremonia. Si el capitán, en discusión con su alcalde, resuelve que su número de vasallos es insuficiente, puede intervenir entonces en son de queja. Sin embargo, es la directiva la que tiene la última palabra y decide si acepta o no el reclamo del capitán. De una u otra forma, al final del cabildo, los capitanes toman las botellas de “quemadito” que dejaron sobre la mesa y comienzan a escanciarlas para todos los presentes. Cada capitán comienza sirviendo a los miembros de la directiva comunal y continúa con los comuneros que corresponden a su barrio. Cuando terminan de recorrer las filas de bancas de su barrio, ambos capitanes se cruzan en el extremo opuesto del salón. Invitan de su botella a todas las personas agolpadas allí, quienes reciben sin premura el ofrecimiento del capitán, beben un trago y dan las gracias. El ambiente de los jóvenes es más risueño, en contraste con la seriedad de los comuneros mayores. Las muchachas solteras evitan beber a menos que el capitán sea un viejo amigo o pariente suyo y, entre risas, se lo proponga. El tramo final del trayecto de los capitanes son las líneas de asientos que ocupan los miembros del barrio opuesto al que pertenecen. Así, cada capitán termina su propio recorrido en el mismo lugar en el que su par comenzó el suyo.

Una vez que los emblemas y la nómina de vasallos han sido entregados, todos los asistentes comienzan a vitorear a los capitanes, con preferencia de aquel a cuyo barrio pertenecen. Algunos cantan ya los famosos *takis*: canciones propias del rodeo en honor a las reses o a sus dueños (que idealmente pueden ser las familias, las juntas, las cofradías, los barrios o la comunidad). Se trata de un canto entonado con voz muy aguda y son las mujeres, acompañadas de una *tinya*, sus más conspicuas ejecutoras. Pero en este momento predominan los cantos más espontáneos, alternados, completados o corregidos entre distintas personas.

—¡Hay que echar *wahé*! ¡Huajii! ¡Aajejee! —dicen todos mientras toman las calles del pueblo en direcciones opuestas.

Cada barrio enrumba a la casa de sus capitanes. Una vez allí, la pareja de anfitriones ofrece una recepción en el patio de la casa o dentro de ella. “Allí sacan su traguito, se dan su guasqueada y se reconoce que ellos son los que enfrentan esa fiesta”. La reunión de un barrio en la casa de su capitán se enmarca en un ambiente de camaradería que contrasta con la tensión del reconocimiento, donde ambos capitanes y barrios están presentes. Sea en un patio o en una habitación, todos forman un amplio círculo dentro del cual el alcalde bate constantemente su *tinya* y el capitán agita su bandera contra el suelo por primera vez. Los gritos se suceden a cortos intervalos mientras todos comienzan a beber y a bailar sin miedo al brusco descenso de la temperatura en las noches de agosto. La división del pueblo en dos polos se ha manifestado con toda su fuerza al mismo tiempo que ha comenzado el rodeo del ganado familiar. En adelante, pero solo hasta cierto punto, los acontecimientos estarán marcados por este mismo hecho. Muchas veces, las celebraciones de los barrios tienen lugar, además de la casa del capitán, en casa de su alcalde. Entonces, en medio de la oscuridad completa, un grupo compacto de personas adultas recorre las calles susurrando y riendo bajo la potente luz de sus lámparas y linternas. En el camino, algunos de ellos sonríen oyendo los graciosos gritos de las muchachas que huyen y las cortas risas de los mozos que embisten, todos envueltos en sus gruesos ponchos.

3. EL DESPACHO DE LOS VASALLOS Y EL COMIENZO DE SU PELIGROSA E INAUDITA MISIÓN (25 DE AGOSTO)

3.1. *Primer movimiento: la reunión de los vasallos*

Amanece el día veinticinco de agosto y los breves tamborcillos del rodeo resuenan en manos de los alcaldes. De este modo, los capitanes invitan a desa-

yunar en sus casas a todos los criadores de sus respectivos barrios. Poco a poco, los comensales entran a la casa de su anfitrión en el mismo orden en que partieron de los festejos de anoche. Sin miras apariencia de tener sueño, cruzan el umbral del patio, saludan en voz alta a todos y hacen una reverencia especial al capitán. Él sujeta su bandera, de pie en un ángulo del patio, mientras sus invitados toman asiento sobre los poyos cubiertos con mantas y reciben, de manos de su esposa o hijas, un gran vaso de quemadito o ponche caliente.

Luego de este dulce y embriagante aperitivo, la esposa del capitán sirve el mismo tipo y número de platos a todos los visitantes. Estos pueden consistir, sucesivamente, en un desayuno en sentido propio (tazas de té y panes), un tentempié (por lo general, mote) y un plato contundente (entre los que predominan los tallarines). Algo alejadas de los hombres, las mujeres están sentadas cerca de la cocina, charlando y riéndose de sus propios comentarios:

—¡En el rodeo lloras, cantas, te acuerdas de todo! —afirma una.

—¡Qué será todo lo que te acuerdas! —le responden.

Son cerca de las nueve de la mañana y la animación dentro de las casas contrasta con el espectáculo de las calles. Allí, no solo no se oyen bandas de música ni se ven pasear emblemas, sino que aun sus pocos transeúntes parecen callados y con cierta prisa.

Los criadores beben aguardiente y chacchan coca después del desayuno. En medio del círculo de hombres hay una manta extendida sobre la cual se ha esparcido delicadamente una buena cantidad de hojas de coca. Cuando otro hombre cruza desde el espacio atendido por las mujeres hacia el que los hombres detentan para sí solos, el capitán agarra un puñado de hojas con ambas manos y se lo ofrece. Hay un ambiente sosegado en el que se entablan conversaciones entre contiguos y donde todos —a excepción quizá del capitán y su alcalde— pueden moverse y desplazarse con soltura. Los capitanes retocan los adornos de su bandera y los alcaldes pintan la cruz con delicadeza.

Algunos de los presentes están más animados que otros. Medio ebrio, uno de los más jóvenes lanza alaridos de alegría y se ocupa en chancar al resto. Va y viene sin tregua. De improviso, uno de los burlados lo sujeta de los brazos. Otros se acercan de inmediato y cogen sus piernas primero, y luego sus pies. Entre risas todos comienzan a gritar:

—¡Su cuatro! ¡Su cuatro!

Entonces, el alcalde —que hasta ese momento solo ha mirado la escena sonriendo—, levanta su látigo. El capturado, levantado de pies y manos por sus compañeros, agita su cuerpo en el aire mientras es acomodado para su breve azotaina. Recibe los cuatro moderados azotes del alcalde y es soltado

sobre la hierba. Se incorpora tan ágil como antes y sonrío frotándose las nalgas. Los demás ríen de buena gana, retan al inquieto a seguir con la misma actitud y le prometen otro “cuatro”. El azotado afirma que no ha sentido nada y que está pensando irse a otro barrio, “donde haya más cariño”.

Cada capitán hará hoy dos visitas; es decir, recorrerá por dos veces todas las casas de los criadores del pueblo. El primer recorrido comenzará poco después del desayuno, a media mañana, y el segundo no se emprenderá sino hasta después del almuerzo, a media tarde. En ambas visitas, los capitanes dirigen el desplazamiento de la comitiva formada por algunos miembros de su barrio. No lo acompañan todos los criadores de su barrio, sino solo sus más allegados (por vínculos de parentesco o por la contigüidad de sus querencias). El resto de criadores espera en su casa, alistando con sus esposas los agasajos que brindarán durante el despacho de la tarde. En esta primera salida, el capitán visita todas las casas de los vasallos que la directiva comunal listó para su barrio. Así, uno a uno, los irá reuniendo hasta el fin de la mañana. Dentro de la casa de sus padres, los jóvenes vasallos esperan al capitán de su barrio. A partir de entonces deberán unirse a su comitiva y seguir sus órdenes durante toda la misión que se les ha encomendado.

Antes de partir, el alcalde reúne cuidadosamente las hojas de coca que no han sido repartidas entre la comitiva, y las envuelve en la misma manta sobre la que fue puesta en medio del círculo. Este lío (a veces llamado por su nombre quechua: *qipi*) es atado alrededor de los brazos de la cruz, de un modo muy similar a los bultos que las mujeres de la sierra suelen llevar sobre sus espaldas. El alcalde coloca sobre sus hombros esta cruz pintada, inscrita y provista de su propio cargamento de coca, y sigue al capitán y su comitiva.

Pero, además de la bandera y la cruz, hoy se utiliza también el tercer emblema entregado durante el reconocimiento: la *tinya*. Cada uno de los recorridos de este día se acompaña de una música distinta. A diferencia de la segunda visita, en la primera se debe usar solamente la *tinya*, sin ningún otro acompañamiento. El encargado de tocar este tamborcillo, a veces, es ya el vasallo que tomará la función de portero el día del descenso del ganado. Pero este día también puede aporrear la *tinya* cualquier comunero entusiasta. En ambos casos, el elegido deberá ser un hombre joven y aún soltero, quien también debe saber manejar a la perfección el difícil arte de prorrumpir los agudos *wahes* a los que, como a un director de orquesta, los demás responderán con otros al unísono. Rodeados de gritos triunfales y del sonido duro y constante de la *tinya*, y bajo la alta banda multicolor, la comitiva avanza a través de las calles del pueblo. Cuando esta se acerca a la casa de uno de los vasallos de su barrio, quien toca la *tinya* sopla en su silbato con toda la fuerza de

sus pulmones: es la señal de su inminente arribo al patio de la casa donde espera el vasallo. Cuando la comitiva cruza el umbral del patio, el dueño de casa y el vasallo están ya esperándolos. Entonces, la criandera (casi siempre la madre del vasallo) sale de su pequeña cocina y les ofrece algunas bebidas o fiambres. Uno de los miembros de la comitiva, especialmente designado para ello, llena, a través de un embudo, la bebida ofrecida en un depósito que porta para ese fin. Así, parte del ponche o calentito es reunido para la noche del día veintiséis de agosto en que los vasallos pernoctarán en las alturas. Después de beber e intercambiar algunas palabras, la comitiva vuelve a partir, incluyendo al nuevo vasallo. Así, el grupo, dirigido siempre por su capitán e incrementado en cada visita, no deja de bailar, comer y beber durante toda la mañana.

Una vez que han terminado de visitar todas las casas de los vasallos, la comitiva vuelve a la casa del capitán. Allí, algunos están sentados en la hierba, conversando. Son, principalmente, los vasallos. La mayoría de los comuneros mayores, en cambio, almuerzan sobre las grandes mesas puestas en el patio. La comida servida está en consonancia con el estilo de los platos de esos días: como entrada, una ensalada de betarraga con salsa de mayonesa; luego, un caldo de res y un plato de carapulca (segundo de papa seca); finalmente, el postre: una porción de mazamorra. Mientras estos platos se suceden, sobre la mesa se vuelven a llenar las jarras de ponche y las fuentes con humitas de chuño. A medida que los comensales terminan de comer, las mesas se renuevan con la presencia cada vez mayor de los jóvenes vasallos. Quien ya terminó de comer busca un lugar sobre la hierba, cerca de algún grupo de conocidos. Puede intervenir en su conversación o limitarse a escucharla llevándose a la boca un puñado de las hojas de coca que el capitán ha ofrecido a todos los presentes.

Es solo a partir de este momento que la banda de música comienza a tocar. Los hombres hacen bromas, cantan, beben y ríen. Alguien se anima a tocar un contrabajo. Todos comienzan a hacer pedidos según sus preferencias; otros critican; otros se admiran del conocimiento del músico. Las mujeres, también sentadas sobre la hierba pero separadas de los hombres, se ocupan de servir a los que van llegando y de retirar y lavar los platos usados. Todos comparten las bromas en voz alta y lanzan reclamos a los que intentan salir del patio después de haber comido.

—¡De aquí nadie se va! —advierte la capitana a un hombre que intenta salir por la pequeña puertecilla del patio.

—¡La capitana se quiere asegurar! —comentan los demás hombres, riendo, desde el otro extremo.

Hay otro hecho notable de este primer momento del día. Subiendo y ba-

jando por las ondulantes calles del pueblo, grandes grupos de niños bailan imitando los ruedos que los adultos solo emprenderán el día veintisiete. Sus rostros son alegres y entusiastas, y los más atrevidos me piden que los fotografíe. Ningún adulto los dirige o siquiera los vigila, pero reproducen a la perfección, sin siquiera saberlo, la danza probablemente más antigua del Perú: la *kachwa*. Sujetados todos de las manos (de modo que a una niña le sigue un niño y a este otra niña y así sucesivamente) bailan en círculos alrededor de una o dos pequeñas banderas. Las insignias no tienen más de dos metros de alto y están hechas de carrizos y unas cuantas toquillas, cintas y sonajas, todas primorosamente dispuestas. Son los mayores de la banda quienes las confeccionan y portan. Ellos ocupan el centro de la ronda, agitando sus banderas en medio del griterío. Otro niño, también de los mayores, se ha conseguido un silbato y una gorra estilo militar. Y ahora da vueltas alrededor de la ronda —como el guardia disfrazado de la comparsa que acompañará al ganado en su descenso al pueblo—, sin tomarlos de las manos y vigilando el buen desenvolvimiento de los hechos. Estas rondas de niños cruzan todo el pueblo, de un lado para otro y bajo la sonrisa de los mayores que avanzan presurosos por las calles. Sin embargo, a medida que avanza la tarde, los niños dejan estos juegos para presenciar el acontecimiento más grande de ese día: el despacho de los vasallos.

3.2. Segundo movimiento: el despacho de los vasallos

Ahora que los vasallos se encuentran reunidos, comienza el despacho propiamente dicho. La comitiva, considerablemente más extensa que en la mañana, parte en el mismo orden que la vez primera. Un antiguo comunero, de sesenta años de edad, nos presenta la dinámica de este recorrido:

Los vasallos de cada barrio salen a visitar a los criaderos de todo el pueblo. ¡Ahora visitan con batería! ¡Con todo! ¡La bulla no termina! Cualquiera puede ir. No te van a decir: “¡Oiga, no vengas, ándate!” Es la fiesta. El que quiere se tira su trago, el que no, no. Algunos ya no pueden ¡Porque se van a todas las casas, pues! Dos copitas, dos copitas, dos copitas... ya agarró en una casa, ya en otra ¡Y son tantas!

En esta segunda salida, pues, los vasallos recorren las casas del pueblo al son del tono de su barrio que toca la banda de música. El recorrido se inicia usualmente en la parte alta del pueblo (que es también la más antigua). Las comitivas de ambos barrios, con sus vasallos, autoridades, emblemas y música propios, atraviesan las calles deteniéndose en todas las casas de los criadores de Viscas. Al cambio de instrumento y de música, se agrega otra diferencia:

ahora no se recorren solo los hogares del propio barrio, sino de ambos. En cada casa reciben un agasajo. Los criadores salen a la puerta de su casa a recibir a la comitiva con provisiones para los vasallos, sobre todo bebidas. Uno de los jóvenes visqueños que residen en la ciudad de Lima nos precisó:

Bebidas, anisado, pisco: cada uno, dependiendo de sus posibilidades, da. Los vasallos reúnen bastante para la noche del veinticinco y para todo el veintiséis. Juntan para consumir la noche que van a pasar en la altura. Algunos se sirven, otros no. Los que se encargan de reunir las bebidas ya están nombrados, están agarrados de la botella con su embudo. Ahí lo echan.

Pero hay un elemento nuevo en esta segunda visita de las comitivas de los capitanes: el collar del rodeo o *walchapa* donada por los criadores. La *walchapa* es una suerte de guirnalda o collar de varios productos entre los cuales predominan los panes y bizcochos, los pequeños quesos añejos (que son puestos a secar sobre los techos de las casas durante una semana), las naranjas y las limas. Los días en que el ganado desciende al pueblo y es marcado también se usan estos vistosos collares (que son colgados incluso a las reses). Pero hay un elemento que solamente lucen el día del despacho: las flores de los jardines de las casas o de las inmediaciones del pueblo. Estos productos son atravesados con una gruesa aguja (llamada “aguja de arriero”) y un delgado cordel.

Son las esposas de los criadores, ayudadas por sus hijas, quienes confeccionan las *walchapas* y las colocan alrededor de los cuellos de los vasallos y del resto de la comitiva. En todas las casas visitadas, las autoridades y los hombres de mayor edad reciben las primeras y mejores *walchapas*; los vasallos, en cambio, reciben unas menores en extensión y en variedad de productos. En caso de que los niños, que deambulan entretenidos por las calles, sean también “enflorados” (ataviados de collares), ellos lucirán pequeños cordeles con dos o tres panecillos. Una noche de abril, al calor de la leña encendida en la cocina, un fuerte y lúcido anciano de Viscas, criador él mismo de varias decenas de reses, nos habló así: “Si eres criadero, tienes que implorar a los capitanes y a los vasallos. Con sus *walchapas* tienes que rogarles”.

La cruz del alcalde también es “enflorada” por las mujeres. Alrededor de sus brazos se envuelve un collar tras otro. Al mismo tiempo, los criadores agregan un puñado de hojas de coca en el pequeño atado de la cruz. El ambiente es más festivo que en la mañana: criadores y vasallos bailan en el patio de la casa y exhortan a los criaderos a cantar su *taki*.

Los comuneros de Viscas nos explicaban que la palabra *taki* quería decir tanto canción como baile o contoneo. “*Taki* es baile y canción”, nos repetían.

El *taki* se baila formando un ruedo y al compás de la *tinya*. Los cantos del *taki* se componen de versos que cada criadero se ocupa de crear según su ingenio y sentimiento. Cada criador debe tener una composición propia para cada una de sus reses y siempre distinta de los *takis* de los demás criadores. La inspiración de estas composiciones gira usualmente alrededor de las reses y su querencia, el provecho y las penurias que significan para sus dueños, y la fiesta del rodeo en la que ambos, reses y hombres, participan. Un mismo *taki* puede ser repetido a lo largo de varios años. Hay algunos muy famosos, conocidos por todos los habitantes de una comarca y difundidos a través de grabaciones artesanales hechas en la ciudad. Sin embargo, el ingenio y la improvisación son considerados las mayores virtudes de los criadores. Un informante de bastante edad nos lo explicó así:

Quando vienen los vasallos tienen que hacer bailar a los criaderos. “¡A ver! ¿Cuál es tu *taki*? ¿Cuál es tu tono?” O, mejor dicho, “tu danza”. *Taki* es el tono de la vaca, con el que uno le adula y le canta en el rodeo. Cada vaca tiene su tonito. Y cada uno de los criaderos tiene su propio *taki* para sus vacas.

Después de pasar por la última casa, cerca de las cinco de la tarde, comienza la despedida de los vasallos. La comitiva se encamina a las afueras del pueblo, seguida por los criadores y por todo aquel que quiera despedirlos antes de que emprendan el ascenso a las cumbres más cercanas. Adultos, jóvenes y niños salen del pueblo sin dejar de bailar. Cada uno de los barrios sigue su propia melodía, aunque su cercanía parece confundirlas y entremezclarlas. Hasta las afueras del pueblo, ambas comitivas avanzan juntas. A partir de allí toman direcciones distintas: el barrio Cachir por el camino de las ruinas de Cachirmarca, y el barrio Alto hacia las estancias de Carapampa.

3.2.1. Primera alteración de los nombres

Una vez que cada barrio ha recorrido un corto trecho por separado, las comitivas se detienen. Entonces, todos los seguidores de los vasallos comienzan a llamarse con palabras cariñosas:

—Todos van un poco guasqueaditos, pues —nos decía un comunero de Visca.

Dicen Ñesta a quien se llama Ernesta y Mesho a quien se llama Nemesio. A un Samuel ya no lo llaman sino Shamo. Pero, además, anteponen dos vocablos a los nuevos nombres: *pachi*, en caso de los hombres, y *machi*, para las mujeres. Casi con la noche encima y en las afueras del pueblo, el despacho se vuelve una especie de reencuentro en el que se escucha por todos lados: *pachi*

Mesho, machi Ñesta, pachi Shamo.³ Pero esta alteración de los nombres no se detiene allí, sino que amplía su campo. Los vasallos dejan de ser pachi Shimo (Simón) o pachi Mañuco (Manuel) y toman dos nombres nuevos: uno colectivo y otro individual. El primero aparece cuando el capitán se dirige a sus vasallos:

—¡A ver, mis banderas! ¡Mis insignias! ¡A formar! ¡Voy a pasar lista!

Las “banderas” no se agrupan en columnas sino en varios semicírculos dispuestos uno tras otro frente al capitán y su alcalde. En contraste con la repentina seriedad que este adopta, un ambiente jocoso y expectante contagia el ánimo de todos. El capitán comienza a leer la lista. Al primer nombre, todos ríen: los vasallos son llamados a través de jocosos sobrenombres que burlan características o hábitos conocidos más o menos por todos. En medio de la risa general, el capitán intenta mantenerse serio con muy poco éxito. Erguido sobre un promontorio del camino, trata de no perder el equilibrio apoyándose en su alcalde. Se calma y continúa:

—¡Juanito saco largo (subordinado a la esposa)! ¿Está o no está?

Las risotadas no se hacen esperar y otra vez pareciera que el capitán va a terminar de bruces contra el suelo. Pero su alcalde lo sostiene y logra incorporarse y mirar hacia donde se encuentra el aludido. Casi todos saben de quién se trata y esperan que responda. Por un instante, la confusión asalta al aludido y a sus compañeros más cercanos. Hay un intercambio de miradas y gestos: si nadie responde, el apodo podría ser atribuido a cualquiera de ellos. La resistencia del aludido termina siendo vencida. Entonces deberá responder, no por medio de la palabra usual en estos casos, sino a través de una alteración de ella:

—¡Prisinti (presente)!⁴

La risa, que ha menguado por unos segundos, se redobla. Cuando un buen grupo de vasallos ha contestado, el capitán comienza a señalar los sectores donde reunirán el ganado:

3 Según la joven profesora de la escuela, de familia y nacimiento visqueños, hasta hace dos décadas, *pachi* y *machi* eran términos comunes y de uso cotidiano de adultos y niños. En su opinión, la oposición de los profesores de entonces a que los niños usaran estos vocablos habría sido la principal causa de su desaparición. Tenemos noticia de vocablos similares usados en contextos parecidos en las comunidades de San Juan de Coto y Pirca: *pale* y *male*; y *chito* y *chita*, respectivamente.

4 Aquí, como en el caso de *pachi* y *machi*, se trata de una imitación de los hábitos propios de la lengua quechua. La distinción entre los fonemas /i/ y /e/ del castellano, que no es pertinente en el quechua, ya lo es para muchos de los visqueños, cuya castellanización probablemente date del siglo XVII.

—¡Tú vas a ir para Shumuna! ¡Tú para Copahuanca!

3.2.2. Una terna de vasallos y sus funciones específicas

El capitán designa entre sus vasallos a quienes cumplirán tres funciones especiales. La primera de ellas estriba en llevar la cruz que porta el alcalde hasta los confines del territorio de la comunidad. Cada vasallo escogido para esta misión deberá ir hasta la frontera entre Viscas y otro pueblo. Si es del barrio Cachir, caminará hasta el límite con la comunidad de San Juan de Coto (distrito de Veintisiete de Noviembre); en cambio, si pertenece al barrio de Alto deberá llegar hasta el lindero entre Viscas y la comunidad de Pacaraos (en el mismo distrito). Esta distribución obedece a que el hito entre Coto y Viscas está dentro del territorio del barrio Cachir, mientras que el término con Pacaraos pertenece a los pastizales del barrio Alto. Los vasallos deberán, pues, caminar con la cruz a cuestas hasta llegar a unas enormes piedras en forma de columnas. Sobre estas rocas, llamadas huancajirca, se levantan ya otras cruces. Cada veinticinco de agosto, los vasallos, después de caminar durante horas, reemplazan la viejas cruces por otras nuevas y las traen de regreso al pueblo.

Otro vasallo tiene la misión de buscar plantas que solo crecen en las alturas de la comunidad (arriba de los 4000 m). En Viscas se prefieren la *vira-viray* y la *huamanripa* (*Laccopetalum giganteum* Wedd. Ulbrich). Ambas son usadas en los collares que las mujeres confeccionan el día del descenso del ganado. El nombre que dan al vasallo encargado de esta misión es el de “florista”, que proviene a su vez del nombre que los habitantes del pueblo y de los alrededores dan a estas plantas: “flores”.

El último cargo especial es el de cocinero. El vasallo que lo ocupe será el responsable de preparar la comidas de los vasallos. Es de notar que mientras su expedición mantenga a los vasallos alejados del pueblo, ninguna mujer podrá acompañarlos. Las provisiones corren a cargo del capitán quien, ayudado por sus familiares, las transporta hasta las alturas. Pero en este caso —y a diferencia del banquete que otros pueblos suelen llevar a las alturas el día de su reunión con el ganado— no se trata de comida preparada: el cocinero no recibe sino los ingredientes y utensilios necesarios para disponer la merienda de los vasallos.

Después de leer la jocosa lista de vasallos y de asignar a cada uno de ellos la querencia a la que deberá partir, el capitán lanza su arenga:

—¡Vayan a recorrer todo nuestro territorio! ¡Nada tiene que hacer un barrio en el territorio del otro!

El capitán y todo su séquito permanecen detenidos, observan. Los vasallos de su barrio comienzan el ascenso por una larga cuesta que los llevará a la pequeña estancia levantada detrás de la colina. Llevan los collares puestos, varios galones de licor y todos los regalos recibidos. Como los arcos o los árboles que suelen adornarse en las fiestas, avanzan con el cuerpo cubierto de manjares. En su primera noche en las alturas, no les hará falta alimento ni bebida. Si no llevan ya consigo las vituallas necesarias para los siguientes días, el capitán las hará llegar, a más tardar en la madrugada del siguiente día, a su nueva residencia. Quienes caminamos hasta las afueras para despedirlos, regresamos al pueblo antes de que el frío de la noche arrecie. En el camino, algunos criadores nos advierten que, a partir de esa noche, “el pueblo queda silencio” hasta el descenso del ganado, es decir durante todo el día veintiséis.



Niños imitando la danza del rodeo (San Juan de Viscas, agosto de 1999).

Foto: Juan Javier Rivera Andía

4. LOS HOMBRES Y LAS BESTIAS: REUNIONES (26 DE AGOSTO)

4.1. *La reunión del ganado por los hombres*

La mayoría de los jóvenes del pueblo ha partido y las calles están menos pobladas y bulliciosas que los días anteriores. Las mujeres adultas están ocupadas en los preparativos del banquete que se ofrecerá al día siguiente. Y no es para menos: de la variedad, abundancia y riqueza de los platos servidos ese día dependerá el buen nombre de su barrio y su familia. Los hombres, luego de desayunar, concurren a la asamblea celebrada, no, como todos los meses, en la casa comunal, sino en el amplio llano de la escuela. Es en este terreno, que llaman “estadio”, donde los equipos de fútbol de Viscas y los pueblos vecinos compiten durante las celebraciones de las cofradías, y es aquí también donde el día veintisiete se enfrentarán las comparsas de los dos barrios del pueblo.

Cerca del abismo y sobre la hierba seca, los hombres toman asiento formando dos filas paralelas al borde del estadio. Las hileras no son iguales. La más larga se encuentra de espaldas al abrupto despeñadero, separándolo de la columna más pequeña que tiene enfrente. Además, en ella están las autoridades del rodeo y del pueblo. Los capitanes sostienen sus banderas en los extremos y son los únicos que se mantienen de pie, además de aquellos que momentáneamente toman la palabra. La directiva comunal se ubica en el centro, rodeando a su presidente. Entre los capitanes y la directiva toman asiento los demás comuneros, que también ocupan toda la fila de enfrente. Entre ambas hileras hay un espacio de dos metros, sobre el cual se extiende una manta con hojas de coca flanqueada por varias botellas de aguardiente y draque. Hay, además, algunas mujeres presentes, viudas de antiguos comuneros. Ellas toman asiento a pocos metros de los capitanes, conversando distraídas mientras los hombres entonan efusivos discursos, de pie entre ambas filas.

Es el momento de ventilar pleitos. Algún criador dice haber perdido su ganado; otro reclama por los daños ocasionados a su chacra particular; un tercero cree injustas las multas que se le imputan. Frente a un pleito particular, muchos se pronuncian exigiendo u ofreciendo soluciones generales que lo eviten en el futuro. Finalmente, el presidente se pone de pie, mira rápidamente a ambos lados y sentencia sobre las cuestiones no resueltas por sus subalternos. Una vez que los problemas cotidianos han sido resueltos, el secretario se levanta con solemnidad. Carraspea y anuncia que ha llegado el momento de fijar el saldo que los criadores pagarán a la comunidad por cada res de su propiedad que los vasallos reúnan. Al breve vocerío alzado de inmediato sucede

un largo silencio. Uno tras otro, los comuneros se ponen de pie, piden la palabra e intentan sustentar su opinión. Solo se oyen dos pareceres: o que el monto disminuya “porque la situación está difícil para algunos”, o que se mantenga igual “para que siga el progreso de la comunidad”. Si bien nadie parece considerar la posibilidad de que el pago suba con respecto al del año anterior, esta, como cualquier otra, depende de la decisión de la asamblea comunal. Después de casi una hora de largas exposiciones más o menos monótonas, el presidente establece, adoptando un tono conciliador, cuál será la cantidad exigida a los criadores que son miembros de la comunidad. Para quienes poseen ganado, pero que no se han inscrito en el padrón de comuneros, los llamados residentes, el importe es siempre el doble.⁵

Cerca del mediodía, el secretario —por orden del presidente— abre su cuaderno de anotaciones y comienza a leer. Todos oyen con atención. El nombre de un criador es seguido por el de una de las dehesas en que pasta el ganado privilegiado por los criadores de Viscas en virtud de su dedicación a la producción de queso. Este ganado permanece en los pastos y alfalfares particulares sembrados por los criadores en las cercanías del pueblo. El trato que se les concede tiene dos fines principales: obtener un buen precio por su carne en los camales de la costa y mantener una producción continua de quesos, que cada criador vende por separado en los mercados de Lima y Huaral. Esta diferencia de residencias del ganado en los meses previos al rodeo obedece a la prolongación de los meses sin lluvia que obliga al ganado a ascender en busca de pasto fresco. Así, a medida que avanza la estación de sequía, el número de reses en las cercanías del pueblo disminuye hasta limitarse casi exclusivamente a aquel ganado destinado a fines inmediatos. Estas reses, algunas de raza Brown Swiss o Holstein, son conservadas en dehesas ubicadas a la misma altura que el pueblo y a una o dos horas de camino. Quienes acuden a reunirlo y arrearlo en dirección al redil de la comunidad son llamados igual que aquellos que fueron despachados a las alturas. Sin embargo, en este grupo predominan de modo visible los hombres casados mayores de treinta años. El número de mozos, en cambio, es solo un poco mayor que el de las viudas.

Estos vasallos también están divididos en dos grupos o barrios: Tapas y Callas. Pero no me fue posible definir las relaciones entre estos barrios y los capitanes de Cachir y de Alto invitados a la ceremonia. Ninguno de ellos recibe la lista de los vasallos de este día. No los dirigen ni tampoco los despa-

5 La cuota de pago es de diez soles por cabeza de ganado para un comunero, y de veinte soles para un residente (U.S. \$1 = S/. 3.5).

chan. Se limitan a ocupar el lugar que les corresponde en las filas de comuneros, como si se tratara de una formalidad, de una necesidad inexplicable o de un vago recuerdo. La ceremonia en el estadio tampoco tiene la pompa ostentada el día anterior: no hay bandas de música, ni tamborileros, ni collares, ni comitivas. Pero las diferencias más notables entre los vasallos despachados el día anterior y los que parten hoy estriban en la edad y el sexo. Por un lado, mientras que las mujeres no están permitidas en la expedición a las alturas, estas se incluyen entre quienes parten a las dehesas. Por otro lado, a pesar de que los viejos comuneros tienen suficientes ánimos para las duras faenas de la comunidad y el trabajo en sus propias chacras, todos nos confesaron que les parecería inapropiado subir a las alturas en busca del ganado:

—¡Eso es para los jóvenes! Nosotros acá nomás requisamos, no tenemos que ir tan lejos.

En las charlas que entablaba con los visqueños sobre el rodeo de su pueblo, estos olvidaban a menudo nombrar los barrios de este día. Sin embargo, en los testimonios de los más ancianos escuchaba que Tapas y Callas tenían antes una banda de música y un “tono” (melodía) diferentes. Intrigado, les preguntaba si recordaban cómo era ese tono. Obtuve siempre la misma respuesta: el tono de Tapas era el de Cachir, y el de Callas no era sino el tono del barrio Alto.

Con la misma circunspección con que partieron, los vasallos vuelven al pueblo al atardecer, a solas o en grupos. Arrean el ganado hacia el redil de la comunidad bajo la atenta mirada de la directiva que se cerciora de que todos los vasallos cumplan con la misión encomendada. Cuando los vasallos regresan encuentran a los hombres de los capitanes y de la directiva construyendo la arcada sobre la ruta que seguirá el ganado en su descenso del día veintisiete. Dos en la estrecha callejuela ubicada entre la explanada de Suico, entrada de las reses al pueblo, y el estadio, que atravesarán en dirección al corral. Cada uno de estos arcos (llamados “rejas”) es construido por encargo del capitán de un barrio. El tercero, en cambio, es levantado por la directiva comunal en el umbral de su redil. El día del descenso, los arcos de los capitanes son instalados en el mismo orden en que descienden sus manadas. El arco del barrio Cachir está, pues, en su sitio. El arco del barrio Alto, en cambio, permanecerá apoyado sobre el muro de una calle lateral hasta que todo el ganado de Cachir haya atravesado la planicie. Solo entonces será momento de su montaje

Los comuneros de Cachir y Alto se esmeran en que sus arcos sean los mejores. A veces entrelazan y amarran grandes ramas de ciprés dándoles la forma de una herradura de cuatro metros de alto por tres de ancho. Pero lo más

común es que formen dos columnas de madera, paralelas entre sí, y unidas por una gran tela de forma rectangular y algunas ramas ocultas detrás. De una u otra estructura, cuelgan pequeños y oscuros quesos añejos, grandes botellas de bebidas gaseosas y alcohólicas, atados de naranjas, limas y manzanas, bizcochos y rosquillas, decenas de globos y serpentinas azules, amarillos, rojos y verdes, y hasta algunas codiciadas prendas de vestir (polos de renombrados equipos de fútbol o con dibujos de famosos personajes de la televisión). Los arcos de los capitanes llevan, además, el nombre del barrio al que pertenecen —generalmente inscrito con globos o cintas de colores—, mientras que el compuesto por la directiva comunal suele ostentar una bandera peruana rodeada de bizcochos y botellas.

El ganado de las dehesas cercanas es, pues, reunido en el corral del pueblo y los arcos festivos son montados sobre la ruta del ganado. Pero, mientras los criadores del pueblo organizan estas actividades en torno a Callas y Tapas, los vasallos de Cachir y Alto no han cesado de reunir el ganado en las alturas.

4.2. *La reunión del ganado en las alturas*

La noche del día veinticinco, una vez solos, los vasallos emprenden el penoso ascenso a las estancias de sus barrios. Es necesario conocer muy bien los estrechos caminos de herradura que comunican el pueblo con las alturas. De lo contrario, el riesgo de extraviarse es muy alto en esa profunda oscuridad, apenas quebrada por las débiles luces eléctricas del pueblo. Además, quien no tenga la experiencia suficiente para andar por esos senderos probablemente caerá, pero no sobre el “camino de zorro” —llamado así debido quizá a sus escasos veinte centímetros de ancho—, sino que rodará varios metros abajo hasta ser detenido por alguna mata o piedra de considerable tamaño. Ocultados por la noche, los muchachos mayores cuentan chistes en voz alta, se burlan y fastidian entre sí. A veces, toda la columna ríe, hasta que alguien resbala y todos callan de repente. Los vasallos que lo precedían siguen subiendo durante unos instantes, pero los de atrás se detienen de inmediato.

—¿Jhonny? ¿Estás vivo o estás muerto?

El caído responde a los gritos solo con un murmullo y se incorpora con rapidez. Si tarda un poco en volver a su puesto, el caído es pasto para las burlas de sus compañeros.

—¡Apúrate! ¡Parece que ya quieres volver! ¡Para qué subirán estos cojudos (tontos)!

A lo largo de todo el ascenso, las columnas de vasallos lanzan los agudos y penetrantes gritos del rodeo. Si la columna de un barrio oye estos gritos, le-

janos, desafiantes, sus miembros contestarán con mayor ímpetu, varias veces, hasta acallar al bando contrario. Y cada vez que uno de los dos vuelve a comenzar, el otro responde de igual manera.

Los chistes de los mayores, y las disimuladas caras de sorpresa de los que ascienden por primera vez, continúan hasta llegar a las estancias: Shuilshilca, del barrio de Cachir, y Quipararpa, del barrio de Alto. Allí están los amplios rediles circulares hechos de piedra y llenos de forraje, la pequeña choza de muros de piedra y techo de paja, llenos de pieles de carneros y de leña seca. Todo ha sido dispuesto por el capitán con varios días de anticipación. El forraje es necesario para que las reses reunidas en el corral no intenten escapar antes de su descenso hasta el pueblo. Una buena cantidad de leña y pieles y el buen estado de la choza son indispensables para que los vasallos puedan dormir lo suficiente antes de su larga caminata del día veintiséis. Dentro de algunas horas llegarán las provisiones y los instrumentos de cocina necesarios.

Mientras tanto, los vasallos se alistan a pasar la noche. Entran en la pequeña choza —que no tiene más de siete metros cuadrados— y dejan sus collares del rodeo sobre las pieles, en señal de que esas pieles y ese lugar les corresponden. Luego, algunos se encargan de componer el cerco de piedras y de acomodar el forraje dentro de él. Mientras tanto, otros extraen la mitad de la leña apilada en la choza y encienden con ella una gran hoguera. En poco tiempo, todos están sentados alrededor del fuego intentando combatir el frío, que, sin embargo, aumentará sin cesar hasta bien entrada la madrugada. Entonces abren los recipientes llenos del aguardiente donado por los criadores y comienzan a beber. Si bien no hay un líder claro en la banda, son los mayores, los que han sido vasallos más de una vez, quienes adoptan las principales decisiones en caso de duda o necesidad, mientras no esté presente el capitán, que es el conductor indiscutible de los vasallos.

Alguien alimenta el fuego de vez en cuando. Los jóvenes conversan animadamente. Hablan de muchachas, de sus expectativas y de sus recuerdos. Algunos mencionan incluso sus nombres. Los demás responden con exclamaciones y risas. Otros aluden, en un tono aparentemente bromista, a personajes de la noche como los degolladores que descuartizan a los hombres para extraerles la grasa de su cuerpo en las cuevas que habitan, o al Inishpaw, un hombre condenado a la muerte en vida por el llanto excesivo de su esposa.⁶

El fuego es alimentado de vez en cuando. Las voces que rodean el fuego y la luz que inunda los cuerpos parecen ahora la única señal de vida en ese

6 Para algunas versiones de este relato, cf. Rivera: «Inishpaw o muerte y añoranza del otro más entrañable». *Anthropologica* 17. Lima: PUCP, 1999.

mundo negro, frío y silencioso. Pero no es la única: a lo lejos, dos o tres cerros más allá, otra luz, alimentada por otros jóvenes, desafía toda la noche que llena el universo. Pienso que si alguien pudiese vernos desde el pueblo solo vería dos pequeñas lumbres, como dos velas negras encendidas en un cuarto oscuro. Si las vituallas del cocinero no han sido traídas por los vasallos, este permanece de pie oteando el precipicio y haciendo señas con una antorcha. La misión de cocinero consiste, primero, en disponer todo para la preparación del desayuno que los vasallos tomarán la madrugada del día veintiséis. Así, mientras todos los demás, vencidos por el frío o por el sueño, van entrando en la choza de la estancia y se aprestan a dormir, nuestro cocinero aún se mantiene despierto. Solo después de la medianoche, las hogueras son apagadas y el calor crece dentro de la casa de los vasallos, tendidos sobre las pieles y cubiertos con sus mantas de lana. La noche es corta.

Allí arriba, detrás de los cerros que rodean al pueblo, los vasallos se levantan antes de que el sol aclare la tierra. La noche ha sido corta para ellos. No solo porque han debido madrugar, sino por los festejos que siguieron a su despacho del día anterior. Solos o en pequeños grupos, caminarán hacia estas pas aun más frías y lejanas que esta cima en la que aún no amanece. El vasallo nombrado cocinero no ha dormido sino tres o cuatro horas. Antes que todos, debió reavivar el fuego, preparar un pequeño horno de barro y colocar encima una gran olla con agua. Los humeantes platos de patache (sopa cebada o de trigo) están listos en menos de dos horas. Todos reciben su plato de comida según el orden en que se han levantado, y comen sentados sobre el pasto. En medio del círculo de vasallos, o a un lado, el cocinero recoge los platos vacíos y los vuelve a llenar con el gran cucharón que saca del perol. Los últimos en levantarnos nos sumamos al círculo bajo la protesta graciosamente airada de los demás. Yo no percibo gran cosa además del frío. Tomo asiento y recibo con ansia un plato de fierro enlozado que dejo de inmediato sobre mis rodillas. El ardor de las puntas de mis dedos, desprotegidos por los mitones, se calma poco a poco. Algo incómodo por mi postura y por el breve silencio que hacen los vasallos ante mi llegada, pruebo la sopa caliente que me reanima igual que al resto. En un momento, todos vuelven a conversar sobre las querencias a las que irán. Yo termino mi primer plato y, mientras espero el segundo, aspiró el aire seco. Desde nuestro redil no es posible ver la pequeña villa de Viscas. La mirada percibe solo un amplio llano, verde y oscuro, bajo un cielo que pasa imperceptiblemente del azul al celeste. Salpican aquí y allá, como leves pinceladas en un cuadro, líneas y puntos del mismo color amarillo propio del pasto seco de los bajíos. La primera noche y el primer amanecer en las alturas han terminado.

Después de desayunar, el cocinero entrega a todos su fiambre: habas sancochadas, mote y un poco de aguardiente. Los floreros y el portador de la cruz son los primeros en partir. Los demás vasallos convienen en formar grupos de partida que irán dividiéndose solo a medida que avancen a través del páramo. Salen antes quienes deben ir hasta las querencias ubicadas a varias horas de camino. Pero tienen una recompensa: el ganado que allí mora no es tan abundante como el que deberán reunir quienes visiten las estancias más cercanas. Existe un sistema de acopio que los vasallos no acuerdan entre sí pero que siempre cumplen. Las manadas son arreadas por rutas más o menos establecidas. De este modo, los vasallos que regresan arreado las reses de los lugares más distantes coinciden en algún momento con aquellos que conducen el ganado menos apartado. Esta coincidencia parece corresponderse con la opinión, usual entre los criadores, de que el número de cabezas de ganado en una querencia es inversamente proporcional a su distancia del pueblo. Cuando dos grupos de vasallos se encuentran a cierta distancia, se llaman con sus silbidos y los chasquidos de sus látigos. Entonces reúnen sus manadas y continúan su camino a través de una breve hondonada que los protege del fuerte viento de las alturas. De tiempo en tiempo, mozos y reses seguirán acumulándose hasta su regreso final al redil de su barrio, al final de la tarde.

Sin embargo, aquellos vasallos que fueron a los lugares más remotos no volverán sino hasta el día veintisiete en la mañana. Ellos dormirán en alguna de las estancias donde habitan los pastores de puna encargados del cuidado de cientos de ovejas, también propiedad de los criadores del pueblo. Una vez reunido el ganado y encerrado en los corrales vacíos de las estancias, los vasallos pasarán la noche en las pequeñas casas de los pastores, en espera de la madrugada. Solo entonces recorrerán el tramo final hasta el redil de su barrio.

El ganado que los vasallos reúnen no pertenece únicamente a los criadores de su barrio. Si bien Cachir y Alto se reparten los extensos pastizales de la comunidad de un modo más o menos preciso, las reses no están distribuidas de acuerdo al mismo criterio. Un criador puede formar parte de un barrio y tener su ganado en el territorio del otro. Aunque este hecho es visto como una excepción, parece estar, sin embargo, bastante generalizado. Esta situación parece estar relacionada con la diferencia entre “pertenecer” a un barrio y tener “simpatía” por él, expresión usada más por aquellos criadores que reconocen menos de dos generaciones de vinculación con su barrio.

Por otro lado, si los vasallos no recogen todo el ganado de un criador, este solo pagará por las reses traídas al redil. En cierto modo es, pues, beneficiado. Sin embargo, el ganado dejado constituye también una preocupación. El criador tendrá que subir a las alturas en su busca, sobre todo si tiene reses en

edad de ser marcadas o señaladas, pero también para cerciorarse de que no haya transgredido los límites de Viscas y haya sido capturada por los vasallos de algún pueblo vecino.

La mayoría de los vasallos regresan al redil el mismo día veintiséis. A medida que llegan, el cocinero —que por fin ha descansado unas horas— les entrega una buena porción de caldo de carnero. Yo vuelvo a tomar asiento en el pasto y presumo un gran cansancio y un gran apetito. Veo a todos esos mozos que vuelven cansados del más desierto de los caminos: aquel océano verde que parece rodearlo todo y que todos surcan en esa etapa de sus vidas. Ahora que el ganado ha sido encerrado en el redil, hay un ambiente de fiesta. Entonces, los vasallos —y no solo el cocinero— usarán las provisiones de los capitanes para hacer una pachamanca. Harán un hoyo en la tierra de más de un metro de profundidad, sobre él calentarán un horno de piedras que tumbarán cuando estén blancas, y depositarán allí abundantes presas de carne y papas. Después de cubrir el hoyo con un montículo de tierra de un metro de alto, esperarán durante una hora. Todos se mantienen cerca de la hoguera encendida al lado del redil: algunos comen los bizcochos o frutas de sus collares, otros beben el aguardiente que parece inacabable. Cuando destapan el hoyo, el aroma de la carne y la papa anima a todos. Todos se sirven sobre los mismos platos que usaron para la sopa. Pero ahora todos comen con las manos, ansiosos pero siempre contando, entre risas, anécdotas o alusiones sobre sus viajes o sus amores. Llega la noche que todos volverán a pasar juntos sobre esa loma cercana al pueblo, pero mucho más alta y desprotegida. Pero ahora no duermen todos al mismo tiempo. Siempre hay un grupo vigilando el ganado acumulado: los vasallos del barrio opuesto podrían haber planeado una incursión nocturna para sabotear la empresa de su contrincante, o tal vez para llevar a su redil el ganado que ellos han reunido con tanto esfuerzo.

Abajo, en el pueblo, los preparativos necesarios para “el gran día” han sido realizados y los capitanes solo esperan la madrugada del día veintisiete para visitar a sus vasallos. Sin embargo, el ambiente no está muy tranquilo: un concurrido baile social se lleva a cabo dentro del edificio de la comunidad, ubicado en la plaza.

5. UN ATROPELLADO DESCENSO Y UN GRAVE JOLGORIO (VEINTISIETE DE AGOSTO)

5.1. *El reencuentro de los vasallos*

El día veintisiete de agosto el ganado ingresa al pueblo. En la fría y oscura madrugada, los capitanes, provistos de sus banderas, parten a las alturas. Los

acompañan un grupo de parientes encargados de arrear las mulas con las nuevas provisiones de los vasallos. Esta vez predomina el silencio: nadie baila ni toca ni vocifera. Ni en el pueblo del que parten los capitanes, ni en los cerros donde han pernoctado por segunda vez los vasallos. Entre mi primera y mi segunda experiencia del rodeo conversé con varios de los integrantes de la expedición de los vasallos. Visité a uno de ellos en uno de los mercados populares de la capital —donde vive y trabaja—. Allí, detrás de puestos de frutas y verduras, este joven, sobrino de una de las criadoras del pueblo, resumió los acontecimientos de esta mañana del siguiente modo:

En la mañanita van, a eso de las cuatro, a su sitio adonde le toca ir a cada barrio. Se van lejos, al cerro. Se van el capitán más cuatro personas acompañado. Esas personas llevan alimento y una olla. Arriba, en el cerro, cocinan, hacen caldo. Mujeres no van, solo hombres, y hacen un caldo de carnero. Todo el día se pasan ahí, hacen una reunión, tienen su costumbre. Llevan las hojitas de coca, se hace una rueda entre todos y se ponen a chacchar su coca, a tomar su anisado. Puros hombres nomás.

En los rediles, algunos mozos despiertan. Quienes permanecieron en vela, sentados al lado del fuego, se acuestan entre las pieles y las mantas de la choza: dormitarán allí una o dos horas antes de que el día claree por completo. Yo despierto con la mayoría: siento todo mi cuerpo frío y corro al fuego. El cocinero, despierto desde hace varias horas, nos sirve grandes y calientes platos de caldo de carnero. Cerca del fuego, hay una olla caliente con algunas humitas y papas del día anterior. Esperamos a los que pasaron la noche en las estancias más alejadas. Nos alegramos del calor que la comida infunde en nuestros cuerpos. Conversamos. De vez en cuando, se oye decir que viene un vasallo. Todos observan la estepa y los comentarios no se hacen esperar. Algunos dicen que es solo una piedra; otros, que efectivamente alguien viene pero que no saben de quién se trata; en fin, la mayoría, que es tal o cuál de los ausentes. Ajeno a nuestras especulaciones, el cocinero alimenta el fuego para evitar que el caldo se enfríe; y cuenta, removiendo el fondo de la olla con un gran cucharón, el número de presas disponibles. Cuando el vasallo llegue al redil, recibirá, además de los alegres saludos de sus compañeros, un plato caliente de caldo: así “recuperará su fuerza”.

El capitán llega cerca de las nueve de la mañana. Después que sus ayudantes entregan las provisiones al cocinero, este es interrogado por el capitán sobre sus funciones. ¿Han comido todos? ¿Ha faltado algo? Recibe además las instrucciones sobre lo que ha de preparar ahora y los nombres de sus nuevos colaboradores: es necesario apresurarse pues no falta mucho para el censo del ganado. Los vasallos de mayor edad informan al capitán que solo

faltan los vasallos que fueron hasta Gupachacua. Sin ordenar nada en voz alta, el capitán se sienta en una piedra plana. Los vasallos adoptan la misma posición a su lado: pero no forman una fila, sino un círculo. Una vez que todos están sentados, el capitán pide una manta a uno de sus ayudantes. Este va hacia las mulas y vuelve con una manta rectangular muy parecida a la usada el día del despacho. Se trata de una *lliklla* de un metro de largo y ochenta centímetros de ancho, dividida en dos campos claramente definidos. En el centro lleva un rectángulo más pequeño y de un solo color: esta vez es un rosado muy encendido. Alrededor del cuadrilátero monocromo, en cambio, se dibujan enormes flores de varios colores sobre un fondo negro. En medio de mi agotamiento, me es difícil apartar la vista de este conjunto de colores. El encargado extiende la manta en el centro del círculo, cuidando de no derramar las hojas de coca que contiene. Comienza a repartir las hojas de coca a todos los vasallos, comenzando por el capitán, quien hasta ahora no ha tenido que ordenar nada. Cada uno de los mozos recibe las hojas con ambas manos a formar y comienza a formar los pequeños bolos de coca que conservarán bajo sus carrillos hasta el momento del descenso.

Entonces se realiza la entrega de la cruz vieja. Esta cruz —puesta hace un año sobre la enorme piedra que marca los límites de la comunidad— es traída por el porta cruz, vasallo al que se encomendó la tarea de reemplazarla por una nueva. Todo esto declara el joven y fuerte vasallo al tiempo que deja la cruz en manos del capitán. Se trata, en cierto modo, de la prueba irrefutable del cumplimiento de su misión. El capitán muestra su complacencia con voz lacónica pero alta. Ahora es el turno del tercer vasallo al que señalaron una función especial: el florero. Este saca de su bolso lleno un manojo de *huanripa* y de *vira-viray*, las hierbas que ha recogido en las faldas de las cumbres más alejadas de las tierras de Viscas. La cantidad recolectada —que debe bastar para la confección de los collares de todos los miembros de su barrio— es también una prueba de su empeño. El capitán agradece y entrega la cruz y el atado de hierbas a dos de sus ayudantes. Después de la breve ceremonia, los integrantes del círculo entablan conversaciones paralelas entre grupos de dos o tres vecinos, consumen las hojas de coca, beben y conversan. Mientras tanto, los otros dos ayudantes del capitán terminan de contar las reses dentro del redil para informar al capitán del trabajo de los vasallos.

La hora del descenso se aproxima. Antes, todos comerán el guiso preparado por el cocinero y sus nuevos colaboradores. Abajo, en el pueblo y en las explanadas a mitad del cerro San Cristóbal, una multitud ha comenzado a reunirse.

5.2. *Los preparativos en el pueblo*

Las reses que los barrios Tapas y Callas reunieron de los alrededores del pueblo ahora son arreadas por sus dueños fuera del redil comunal, llamado Shihualpucro. Cada ganadero debe pagar a la directiva comunal una cuota de quince soles por cabeza de ganado de su propiedad. Entonces lleva sus reses —que aun son pocas— hacia su propio redil, a donde pronto irá a parar también el ganado traído por los vasallos.

Por su parte, las criadoras alistan las viandas que ofrecerán el día veintisiete en el estadio. Pude observar los afanes y preparativos dentro de sus casas gracias a una compañera de hospedaje, Nirma Saavedra, vendedora en una céntrica ferretería de la ciudad de Lima y natural de la comunidad de Lampián (capital del distrito del mismo nombre), quien nos invitó a la casa de su hermana: Dora Saavedra, esposa del entonces vicepresidente de la comunidad de Viscas, don Líder Florecín. Pero Nirma no ha venido sola —y esa parece ser la razón por la que se hospedó fuera de la casa de su hermana—. La acompaña su pareja: David, un muchacho de veinticinco años, natural de la provincia de Concepción (departamento de Junín), que vive y trabaja en Lima, donde, nos cuenta, conoció a Nirma en una discoteca de un populoso barrio de la ciudad.

Cerca del mediodía, nos dirigimos a la casa donde se encuentran, además de la hermana de Nirma, su madre, sus cuñadas y la madre de Líder, ocupadas todas en los quehaceres de la cocina. Líder ha partido a recoger su ganado del redil comunal. Han venido, además, los dos hijos de Líder que estudian en Lima y han invitado a muchos amigos de su barrio. A pesar de que todos han desayunado muy temprano y de que nadie volverá a comer hasta el banquete del estadio (entre las cinco y seis de la tarde), la madre de Líder nos ofrece a Nirma, a David y a mí, un breve almuerzo. Mientras comemos y charlamos con ella en la pequeña cocina de su casa; afuera, en el patio, los demás miembros de su familia van y vienen: una mujer muele hierbas y ají en un batán de piedra; otras matan y despluman varias gallinas; otra más enciende una radio portátil y la sobrina trae de una habitación los accesorios para la confección de la insignia familiar. Por momentos, en medio de todas estas mujeres, aparecen algunos hombres. Pero entran y salen rápidamente, provistos de una soga o un chicote que les ayude a conducir sus reses a los corrales o a organizar el ascenso de los barrios a las lomas por donde aparecerá el ganado de las estancias.

Después de nuestro almuerzo, Nirma insiste en que “no es posible llenarse con tan poca comida siendo hombres”, así que nos conduce a una casa muy

próxima y sin techar. Allí, la esposa del tesorero de la comunidad prepara sus viandas para el banquete, que, a diferencia de los parientes de Nirma, ya casi están listas. Y su sola presencia parece ser el único requisito para ofrecernos varios platos de comida y vasos de chicha. Nirma sonrío y declara una y otra vez que “así es siempre en las fiestas” y que eso la motiva a venir:

—La gente te invita todo lo que quieras, aunque tú no la conozcas.

De todos modos, parece inusual que alguien coma a esa hora. En nuestra mesa solo hay algunos viejecillos que, algo mareados, se reponen comiendo, mientras nos miran en silencio y risueños.

5.3. *El ascenso de los barrios*

Mientras algunas familias aún se afanan en la cocina, otras parten rumbo al cerro San Cristóbal. Allí, cada barrio tiene su propia cuesta donde sus criadores se agrupan en espera de los vasallos, quienes todavía permanecen a media hora de camino detrás de la cruz que se levanta en la cima del enorme cerro. Cuidando el ganado reunido en la majada de sus barrios, los vasallos esperan que el capitán ordene el descenso para arrear el ganado a través de las lomas que los separan del San Cristóbal y bajar al pueblo desde allí. Es en medio de este descenso que los criadores se unirán a los vasallos de su barrio. La mitad Cachir se reunirá en el lado que está en dirección a la comunidad de Coto, y la mitad Alto, en el extremo opuesto, que mira hacia la comunidad de Pacaraos. Una distancia aproximada de trescientos metros separa ambos centros de reunión.

No todos los criadores del pueblo acuden a formar parte de estos grupos en las explanadas del cerro. Solo van aquellos ganaderos más “agradecidos” por su bonanza económica y algunos invitados entusiastas. Cada grupo, ninguno de los cuales ve al otro, reúne cerca de setenta personas, entre hombres, mujeres, jóvenes y algunos ancianos. Algunos ganaderos se dirigen a las explanadas portando las banderas propias de su familia. Los comuneros explican que esta es una forma de expresar “el agradecimiento y alegría hacia el barrio de uno por el buen estado del ganado propio”. Las familias llegan por separado, pero siempre antes de las cuatro de la tarde. El resto de los habitantes espera delante del arco instalado en las afueras del pueblo: los niños que esperan recoger los preciados bienes guardados en los arcos, las mujeres encargadas de lanzar dulces al cielo y los ganaderos, todos de pie, que con la mirada puesta en el cerro San Cristóbal aguardan a que el color verde pálido se torne negro con la aparición de las bestias.

A las cuatro de la tarde, aproximadamente, comienzan los preparativos para el descenso. Arriba, los músicos de la banda tocan prolongados e insis-

tentes tonos afinando sus instrumentos (aunque, por momentos, esos mismos sonidos parecían responderse unos a otros y ser tocados en concierto). Los capitanes aparecen en la cima del cerro. Regresan de los corrales de su barrio cuidados por sus vasallos, donde ya han coordinado el momento en que su barrio descenderá, y las formas debidas para “quedar bien” en la competencia. Llevando su bandera en posición vertical, un capitán llega hasta el grupo de criadores, habla con su esposa y su alcalde, y vuelve a subir, presuroso y siempre con su bandera en la mano. Nadie, excepto los capitanes y los colaboradores designados por él, puede subir hasta donde esperan los vasallos. El alcalde permanece en el grupo de ganaderos cuidando que todo esté listo: vasallos y criadores —separados por varios kilómetros— deben estar alertas para entrar simultáneamente al pueblo. Todos esperan en sus lugares invadidos por una cierta ansiedad.

Las mujeres mayores preparan los collares del descenso del ganado. Los collares usados en este día contienen elementos distintos de los que usualmente están presentes en las *wallchapas* del rodeo. En vez de panes, rosquillas, quesos y frutas, estos collares contienen “flores” (hojas) de *huamanripa* y de *vira-viray*. Son los capitanes quienes reciben estas plantas de altura de manos de sus vasallos —sobre todo de aquel llamado “florista”—, y las entregan a sus esposas. Ellas y sus parientes femeninos más cercanos atarán las hierbas con delgados hilos de lana, alternándolas. A medida que su trabajo avanza, otras mujeres toman los collares y los distribuyen. Mientras los atan alrededor del cuello de todos los asistentes, recomiendan —sobre todo a los invitados— que las conserven después de las celebraciones, pues la *huamanripa* y la *vira-viray* curan las afecciones respiratorias y protegen de las enfermedades de la “altura” y del “frío”.

El capitán desciende por última vez: porta su bandera y encabeza un pequeño grupo de músicos que subió con él para “alegrar a los vasallos”. Pasea su bandera constantemente, como respondiendo a los *wahes* de su comitiva, observando a sus integrantes, considerando. Llama a su alcalde para informarse del estado de los preparativos: si ya todos lucen los particulares collares del rodeo, o si ya se han disfrazado los “viejos”.

5.4. Guardianes y mamalas

El personaje que se disfraza primero es el “guardián” o “jefe”, cuya función es “cuidar el orden”. Lleva un quepis azul sobre su cabeza cubierta por un pasamontañas marrón que solo deja al descubierto sus ojos, nariz y boca. Porta un látigo, llamado “ley” o “chicote de tres puntas”, con el que amenaza jocosamente a todos los presentes. Ostenta, además, un rabo hecho de las mismas

hierbas utilizadas en la elaboración de los collares: *huamanripa* y *vira-viray*. El guardián gusta alardear de su fuerza y hacer piruetas: de golpe, se tira boca abajo sobre el suelo y comienza a hacer gimnasia en posición de plancha. Las risas de los demás parecen incentivarlo. Mientras se ocupa de estos menesteres, algunos muchachos —que han cambiado de parecer y prefieren esperar en la entrada del pueblo para recoger los dulces que se lanzarán o los regalos colgados de los arcos— se atreven a salir del grupo apostado en el cerro. Comienzan a bajar la cuesta caminando disimulada pero rápidamente por el estrecho camino. Pero no falta quien advierta al guardián:

—¡Mientras tú dices que haces ejercicio, la gente se te escapa!” —se burlan.

Dejando atrás los reclamos por su descuido y fanfarronería y los gritos de quienes advierten a los fugitivos de que el “guardián” los alcanzará y les pegará con su látigo, comienza a perseguirlos. Los muchachos salen del camino corriendo velozmente, levantando la tierra de las chacras. Corren tanto que el guardián —un hombre de cincuenta años— al fin cae de bruces en la tierra. Desde arriba, todos miramos el espectáculo; muchos ríen y comentan el castigo que los jóvenes habrían recibido si el guardián los hubiera alcanzado: los habría “arreado” de vuelta al grupo. Cuando el guardián finalmente volvió, avergonzado, molesto y muy agitado —había corrido más de sesenta metros en medio minuto—, aseguró que nadie más se escaparía, e ignoró las chanzas y reproches que todos le dirigían. Además del guardián o viejo, hay otro personaje:

En ese grupo hay dos varones disfrazados: uno se disfraza de policía, y el otro se disfraza de mujer. A la mujer le llaman *mamala*. Es una abuelita: lleva unos pollerones grandazos, sombrero, a veces máscara de vieja también. Carga una muñeca que aparenta ser su hijo. Esas dos parejas, la *mamala* y el guardián, van en cada barrio. Y ellos son los que toman más, porque ellos tienen que deleitar a la gente como si fueran cómicos.

Este otro personaje, llamado *mamala* o “viejecilla”, es un hombre vestido con prendas femeninas. El guardián señala personalmente quién oficiará de *mamala*, y supervisa que se disfrace correctamente. De prisa, varias personas, entre las risas más o menos reprimidas de todos los participantes, se ocupan de “vestir a la *mamala*”. Los componentes de su atuendo —con ligeras variantes debidas al criterio y esmero de los capitanes— son los siguientes: varias faldas sobrepuestas —a veces rotas y desteñidas, otras, de colores más bien intensos: fucsia o rojo indio—, una desgredada peluca de mujer (con o sin trenzas), un viejo sombrero de paja, una manta de lana —que lleva completamente raída sobre su espalda—, y una muñeca —colocada del mismo modo en que las mujeres de los Andes suelen llevar consigo a sus hijos más pequeños—. Lleva, además, enredada alrededor del torso, la trenza hecha de paja de puna con que se

elaboran los moldes de queso. De esta suerte de sogas se sujeta un cuajo —el estómago de las cabras recién nacidas utilizado para separar el queso del suero— que gustan llamar “cántaro” o “bolso”. Finalmente, se aplica maquillaje sobre su rostro. Se pintan con un lápiz labial de color rojo los labios y las mejillas, en las que dibujan dos círculos rojos que imitan los pómulos enrojecidos típicos de quienes habitan en zonas muy frías: las “chapas”. Ataviada así, la *mamala* con cita la atención y las chanzas de todos. Alguien le grita:

—¡Ese niño que cargas es el hijo que yo te hice!

Y la *mamala* responde:

—¡No! ¡Este niño es producto de una violación!

Sin embargo, las burlas cesan a medida que pasa el tiempo. Pronto se desinteresan, a menos que *ella* les llame la atención con sus piruetas.

Algunos informantes, sobre todo los de mayor edad, hablaban del guardia y la *mamala* como de una pareja: “el viejo y la vieja”, cuyos movimientos deben realizarse en coordinación: “El viejo y la vieja tienen que bajar abrazados, disfrazados, y deben emborracharse hasta el último”.

A pesar de que ambos personajes suelen andar emparejados, a menudo ocupan espacios diferentes en el momento del descenso. En las grandes rondas que entonces se forman, la *mamala* permanece dentro, bailando con el capitán o con cualquier otro miembro notable del barrio. Estos encuentros con el capitán —bailando o gritando— son más bien esporádicos y pueden llevar a la *mamala* fuera del círculo. El guardián, por su parte, permanece la mayor parte del tiempo fuera de la comparsa, rodeándola para cerciorarse de que todos bailen. Quien no lo haga así, recibirá un breve pero contundente azote.

5.5. *Los demonios felices*

Una vez listos los “viejos” y repartidos los collares, los capitanes anuncian a los vasallos que es hora de descender y se suman a sus respectivos barrios. Las dos bandas, que juntas suman un total de cincuenta músicos, comienzan a tocar. Deben hacer lo mejor que pueden, pues los dos barrios “van al ganar”: la competencia estriba en el número y elegancia de los participantes, en el ingenio de los disfraces del guardián y la *mamala*, en la cantidad y eficacia de los petardos que hacen detonar en el cielo, y, por supuesto, en el número de ganado con que acompañen su descenso.

El uso dispone que el barrio Cachir descienda primero. Una gran mancha negra comienza a inundar la cumbre del cerro. A su alrededor, los vasallos lanzan gritos y agitan sus látigos. En ese instante, siguiendo la orden del capitán, las comitivas de los cerros forman dos grandes círculos. Las rondas solo admiten una sucesión intercalada de hombres y mujeres: nadie puede coger

las manos de alguno de su mismo sexo. Las más ancianas del barrio son las únicas dispensadas de bailar. Su labor consiste en ofrecer licores mezclados con la infusión de las mismas hierbas que llevan los collares. Sosteniendo la botella entre sus manos, se acercan a los danzantes y vierten el líquido —ligera-mente verde— en un pequeño vaso que inclinan de inmediato sobre los labios de su convidado. Sonrientes, repiten esta operación no solo en las pausas del baile, sino también durante su ejecución. Entonces, se acercan parsimoniosamente a uno de los bailarines y, siguiendo su paso, llevan el vaso lleno —o a veces el pico de la botella— a sus labios, lo inclinan y se aseguran de que la persona beba durante un tiempo prolongado. De esta manera, quien recibe el licor no puede dejar de beber mientras la anciana no retire la botella —ya que tiene las manos sujetas por los que bailan a su lado—: si lo intentara se bañaría en alcohol y ocasionaría su pérdida. Tal forma de invitación es practicada sobre todo con los músicos y los visitantes.

En medio del círculo, la *mamala* baila con el capitán, quien momentáneamente ha dejado su bandera en manos de su esposa, la capitana. Es la única persona, además del capitán, que puede ondear la insignia dentro del círculo, pasando las decenas de cintas sobre las cabezas de los danzantes y agitando el mástil como si asestara golpes contra el suelo. La capitana gira alrededor de la *mamala* y su pareja. Sujetados de las manos, los integrantes de la ronda encierran a los tres personajes. Pero hay un personaje más dentro de este círculo que no cesa de girar: las viejecillas que dan de beber el particular aguardiente de sus botellas. El guardián es el único personaje que permanece fuera del círculo. Provisto de su látigo y sujetando su quepis, rodea constantemente el círculo de danzantes, mientras amenaza con bromas y ademanes a todo el que intente retirarse, detenerse o dejar de bailar. El efecto final es una serie de círculos concéntricos que giran cambiando de dirección inadvertida y constantemente, y que, al mismo tiempo, descienden por la escarpada ladera del cerro San Cristóbal.

5.6. *El encuentro sobre la hierba y el arco de las alianzas*

Los círculos se detienen (primero el de Cachir y luego el de Alto) sobre una pequeña explanada del cerro. Allí, a medio camino del pueblo, las bestias y los hombres se confunden por un momento. Luego, el ganado es reagrupado y arreado de modo que su descenso preceda a la comparsa de los hombres. Mientras los vasallos conducen la manada cuesta abajo, todos continúan bailando al son de la banda y se suceden sin tregua las exclamaciones, las risas, la música y los explosivos. Los “coheteros” corren con grandes canastas de paja de donde extraen los explosivos y los apoyan sobre cercos de piedra. En

segundos, los cohetes surcan el cielo dejando una estela de humo cuyo extremo superior termina en una pequeña nube que anticipa la detonación.

A cada explosión, el guardián y la *mamala* corren el uno al otro y se abrazan temblando como niños asustados. Dicen palabras entrecortadas, se tambalean. Otras veces aparecen alejados del círculo, aparentemente ausentes de la algarabía, mirando el pueblo, los arcos. Entonces, bajo el ruido de los explosivos, siguen con parsimonia la música y bailan solitarios; pero siempre son devueltos al ruedo. No debe haber sosiego ese día: es necesario bailar, descender, girar. Mientras transcurre el turno del barrio Cachir, la comitiva del barrio Alto observa desde arriba. Ven la mancha negra de reses levantando polvo hasta cubrir la comparsa y, en medio, la bandera moviéndose incansable.

El ganado y las rondas ingresan al pueblo a través de una ancha calle llamada Suico. Algunos metros más allá, una muchedumbre cierra el paso a la manada, que es desviada por una estrecha callejuela en dirección al redil comunal. El apretado grupo de personas —formado por hombres, mujeres, niños y ancianos— conduce el ganado de modo que este se agolpa frente al arco que el barrio Cachir ha colocado sobre la pequeña calle. Espantan a las reses animándolas a cruzar bajo las botellas de licor, juguetes, bizcochos y dulces que penden de los arcos y que pronto serán arrancados.

En medio de su indecisión, las reses son alcanzadas por el círculo. La enorme mancha negra muge completamente rodeada de hombres. La euforia es ahora general. Los criadores que esperaron en Suico lanzan al aire cientos de caramelos, confites, monedas antiguas y centavos actuales. La ansiedad contenida de los niños se desborda por fin. Corren gritando de alegría, en grupos o solos; se agachan y saltan; van de un lado a otro o se quedan esperando en un lugar y recogen todo lo que pueden, aun entre las mismas patas de las reses. Otros esperan pacientemente y se concentran en un objetivo: el arco lleno de dulces. Pero no solamente los niños están atentos a la caída del arco, sino también los jovencitos que pronto serán vasallos o que han llegado de las ciudades de la costa. Ellos codician, más que los dulces, las prendas de vestir, los quesos, y las botellas de licor y bebidas gaseosas.

Una vez que el ganado ha cruzado bajo el arco, es seguido de inmediato por la comparsa de sus dueños. La manada desemboca en el estadio del colegio y es desviada por un empinado camino de tierra que la llevará hasta el gran redil del pueblo. Mientras las reses descienden cuidando de no caer por el polvoriento camino, el círculo se detiene en la gran explanada del estadio y comienza a girar. Cuando el ganado ha desaparecido tras la nube de polvo que las reses levantan con su atropellado trajín, la comparsa se interna en ella rumbo al redil ubicado, aproximadamente, ciento cincuenta metros más abajo.

Es cuando el barrio Cachir cruza el arco que el barrio Alto inicia su descenso. Y cuando aquel deja el estadio, este baila sobre el llano a medio camino de Suico. A diferencia de Cachir, que bajó del lado del cerro San Cristóbal, orientado hacia las comunidades de los bajíos, Alto desciende del lado donde se encuentran las más grandes cumbres del valle (entre ellas, Gupachacua o Copachacua a 4944 msnm). Cuando el ganado del barrio Alto ingresa al pueblo, ya se han desmantelado los últimos vestigios del arco de Cachir y se ha colocado el nuevo arco del barrio Alto. Ahora le toca al segundo grupo de hombres y bestias recorrer el mismo camino y afrontar las mismas vicisitudes.

5.7. *Los niños como bestias y el gran redil*

En los días previos al rodeo, comentábamos con los comuneros, entre otras impresiones, la temeridad que los niños mostraban para recoger los dulces que caían entre las patas de las reses. Entonces, algunos padres sonreían y nos respondían que hasta hace dos décadas, los niños también se disfrazaban —y que ahora solo lo hacían esporádicamente, dependiendo de la “voluntad” de los capitanes—, representando animales salvajes:

—¡Los niños se vestían de zorro, de león, de buitre, de cóndor!

Estos disfraces eran confeccionados y alquilados por comuneros particularmente diestros en cazar y disecar animales silvestres. Así, los niños podían llevar sobre sus brazos, a modo de ribetes cosidos, grandes alas de cóndores (llamados “buitres” en la región); o bien podían sostener sobre sus espaldas el cuerpo entero del ave cuyas alas abiertas se extendían sobre sus brazos. Las pieles de zorros disecados, por su parte, eran portadas sobre uno de los hombros. En años recientes, los niños parecen haber ampliado sus disfraces con los atuendos y máscaras vendidos en las ciudades: es el caso del león. Ataviados así, los niños no acompañan el descenso rotatorio de los criadores, solo participan en el arreo de las reses desde Suico hasta el redil comunal. Aparentemente, son los niños varones quienes más se disfrazan de este modo. Las niñas, por contrapartida, “se visten con polleras”, a modo de pastoras. Algunos niños las acompañan disfrazados “de poncho y sombrero, como viejitos”: entonces danzan acompañados de una “bandera especial” que probablemente sea la misma que los niños usan durante sus juegos del día veinticinco.⁷

7 Algunos criadores insinuaron la existencia de un personaje adicional de este día: el “Doctor”. Aunque no hemos obtenido más detalles al respecto, nos recuerda un personaje muy popular entre las comparsas que asisten a la peregrinación anual de *Qoyllur rit'i* (provincia

A partir de Suico, el círculo se debilita cada vez más. Muchos danzantes desertan sobre todo en el último y empinado trecho que lleva al redil: más de una señorita, venida de Lima al pueblo de sus padres, prefiere esperar. A pesar de los jirones —conformados de personas tercamente sujetas de las manos— que el círculo deja a su paso, este permanece mediano, bajando de una u otra forma por el camino polvoriento hasta llegar frente al arco del redil comunal. Los demás criadores del barrio no tardan en llegar. El arco, levantado por los miembros de la directiva, también está adornado con golosinas, bebidas, tiras de serpentina y globos de carnaval. Poco tiempo después que las reses del barrio Cachir han terminado de ingresar al redil, arriban los criadores del barrio Alto, arreando sus bestias en medio de los explosivos y la algarabía incesantes.

Cuando todos se hayan reunidos frente al redil, donde el ganado ha sido encerrado, los vasallos se unen a los círculos de danzantes y estos crecen considerablemente. Ambos barrios bailan como muestra de su “evidente victoria” sobre el otro, y de su propósito de “seguir ganando” en el estadio. Los bailarines hacen “barra” a sus propios barrios: gritan que ellos son los que recolectaron más reses, que ellos tienen más adeptos, entre otras cosas.

—¡Alto! —gritan unos.

—¡Cachir! —responden los otros.

El incremento del orgullo y el entusiasmo parece responder al encierro del ganado. En medio de la gran polvareda que se ha levantado, los guardianes blanden su látigo, alertas al baile de los criadores de su barrio.

Ya han transcurrido dos o tres horas desde que las comitivas se reunieron en las lomas, y el sol se ocultará pronto: son las cinco de la tarde. Después de un breve descanso, los barrios emprenden el retorno al estadio mientras los guardianes permanecen en los alrededores del redil para asegurarse de que nadie se rezague o intente huir disimuladamente. Solo los porteros pueden permanecer vigilando las reses que ahora están ocupadas en comer el forraje acumulado en el redil comunal. Pero el guardián no es el único que se ocupa de la vigilancia: cualquiera que vea a alguien alejándose, le recriminará preguntándole:

—¡Adónde va usted!

Hay un ambiente general de “compromiso” con la fiesta: todos “deben participar”. Los criadores suben caminando en grupos pequeños, conversando y sin música.

de Quispicanchis, departamento de Cuzco): se trata de un doctor con mameluco blanco y un botiquín en la mano, que asiste sobre todo a los “heridos” en las escenografías del *awka chileno* y la *contradanza*.

Todo el pueblo parece reunido en el estadio. Las mujeres comienzan a extender sobre el suelo, al lado de sus grandes ollas, limpias y coloridas mantas de colores: son las “mesas” donde convidarán a todos los asistentes las viandas que han preparado. Una al costado de la otra, las criadoras rodean casi todo el perímetro del estadio. Pero comer en este momento es una idea tan remota como la de retirarse: la fiesta recién comienza. Los círculos de ambos barrios vuelven a formarse: están ahora más cerca que nunca, uno frente al otro; y son también más grandes que nunca. Además de los vasallos, ahora se suman aquellos que se limitaron a esperar en Suico para desviar el ganado, para instalar los arcos o para aprovechar del derroche de delicias. En cada círculo bailan incansablemente más de cien personas. Uno al lado del otro, los dos inmensos círculos giran sin cesar, siempre dentro del cuadrilátero del estadio, en medio de la música y la algarabía. Las mismas bandas de música —que ejecutan las melodías propias de su barrio— son ahora envueltas por los círculos.

El objetivo de cada barrio es exhibir un círculo más grande que el de su contrincante. Pero cuanta más gente entra en el círculo, más difícil es mantener el mismo ritmo y sentido. Así, largos segmentos del círculo se ven simultáneamente arrastrados por un lado y detenidos por el otro. Todos los que bailan luchan por no soltarse de sus compañeros. Pero muchos son arrastrados o empujados repentinamente en direcciones contrarias. Basta que alguien caiga de bruces sobre el suelo para que se produzca la caída de muchos otros. La *mamala* es completamente engullida por el alboroto: ebria, grita y ríe, uniéndose al círculo o separándose de él. El guardián intenta evitar que el círculo se rompa, busca coordinar y dirigir —como un maestro de baile— a los bailarines. En medio de la confusión y la alegría, aparecen algunos “colaboradores” espontáneos y, a fin de cuentas, más estrictos que el risueño guardián. Estos hombres, que a veces lucen pasamontañas multicolores, se detienen al borde de los círculos, agitan los brazos y gritan a los danzantes menos diestros o animados:

—¡Bailen, carajo!

Es necesario demostrar al otro barrio que el barrio de uno puede bailar sin cesar. Pero, a largo plazo, lo que más cuenta es la resistencia. Pasado un tiempo, los círculos adquieren mayor estabilidad y la danza puede continuar por más de una hora. Este largo baile es interrumpido momentáneamente solo por las repentinas caídas, o por orden del capitán. La banda deja de tocar y todos buscan lanzarse sobre la espalda del otro.

—¡Chur! —exclaman.

Antes que oscurezca por completo, los capitanes dan la orden, cuando todo está preparado, para el inicio del banquete.

5.8. *El banquete en el estadio*

Es necesario que las “mesas” (los largos manteles tendidos sobre el suelo) estén servidas para que los danzantes puedan separarse del círculo. Algunas mujeres tienden, a modo de manteles, finas mantas bordadas que en ese caso son separadas del suelo por medio de costales y forros de plástico. Cada ganadero, cada criador de ganado, debe participar según la cantidad de reses que posea. Quien más ganado posea, más viandas debe ofrecer. La proporción aproximada es de un convidado por cada cinco reses. Así, si un criador posee cincuenta reses, deberá traer viandas para un mínimo de diez personas. Una criadora de ganado vacuno prepara, además de varios peroles de comida —que pueden ser tres y consistir, por ejemplo, en un estofado, un guiso y tallarines—, una porción grande de bocados —varios maíces y camotes sancochados— que no reparte sino que deja sobre la mesa. Sobre las mantas se colocan, además de las ollas y platos de bocados, abundante ají y sal. En el lado opuesto al de los comensales, detrás de la mesa y al lado de las ollas, la criadora y sus hijas —sobre todo las solteras que, después de ayudarlo a cocinar, ahora le ayudan a servir— están sentadas sobre el suelo.

—¡Primer servicio! —dicen las ganaderas en voz alta.

Cada una servirá sus platos solo a los comensales que rodean su mesa, sentados, como ella, en el suelo. Los potajes son copiosos. Cuando uno se acerca, lo primero que le ofrecen es un choclo, un camote o un pedazo de queso “para que vayan comiendo”. Luego sirven una “entrada”: puede ser una papa a la huancaína. Después, un caldo de carne. Más tarde, un segundo: un picante de cuy, un asado o un escabeche, por ejemplo. Como porción final se sirven tamales y humitas de maíz o, de preferencia, de chuño.⁸ Al centro de la mesa, se colocan botellas de anisado o jarras de chicha de maíz: es el aperitivo final. Todos comen con premura para evitar que el aire, que empieza a correr violentamente, enfríe la comida ya servida. No es muy bien visto que alguien devuelva su plato con algún resto de comida. Los criadores invitan sus potajes a todos los presentes, sin mostrar ninguna preferencia, a menos que uno de los comensales sea un forastero o “yerno de Viscas” (el esposo de la hija de un criador). Entonces, dicen los visqueños, hay que atenderlos mejor y con cierta prioridad.

8 Las humitas son hechas del maíz o chuño molidos y mezclados con manteca, chancaca y pasas. Esta mezcla es puesta luego dentro de una envoltura hecha con las mismas hojas del maíz, donde será sancochada en una olla con agua o dentro de un horno de pachamanca o guatía.

—¡Segundo servicio! —exclaman las señoras cuando ya se ha acabado una fuente de comida completa y comienzan a servir de otra.

Y siguen hasta que la comida se acabe por completo:

Por ley tienes que terminar todito, no te tiene que quedar nada en las ollas. Es al ganar. Te dicen: “¡Ya señores!” Y te llevan para su mesa hasta que se acabe todito. En caso de que no hubiesen muchos comensales, hay que buscarlos, hay que llevar a comer aunque sea a los mismos muchachos de uno o del vecino.

Cada una de las mesas, que suman un total de sesenta, aproximadamente, atiende a un promedio de diez personas. Los platos son entregados y devueltos constantemente.

—¡Tercer servicio! —vuelven a exclamar para que los encargados por la directiva tomen nota.

Es considerado un deber que todas las mesas sirvan absolutamente toda la comida que llevaron al estadio. La cantidad y calidad de comida ofrecida por los ganaderos son reguladas por la directiva comunal. El presidente en persona y sus encargados recorren las mesas observando los platos y el número de comensales de cada una. La distribución de los comensales entre las mesas, en cambio, no parece estar regulada: cualquiera puede visitar tantas mesas como desee, sin importar a qué barrio pertenece o con cuál simpatiza. En este momento, las distinciones de barrio parecen atenuarse y la comensalidad es general o, como gustan decir los visqueños: “uno puede probar del sabor de las mesas que quiera”.

Después de la pausa impuesta por el banquete —de menos de una hora— se renuevan los bailes en ronda. A campo abierto, la temperatura comienza a descender rápidamente. Pero el baile está tan desatado que nadie parece siquiera notarlo. La ronda gira frenética y en aparente desorden; los dos barrios gritan y se retan:

—¡Ijaa! ¡Ijaa! ¡Jujuii!

Los círculos pueden chocar, entreverarse. Antes de volver a separarse, se hacen bromas, desafíos cara a cara. Con la oscuridad casi completa, cortada solo por los débiles resplandores de los distantes postes de luz, comienzan los fuegos artificiales y el juego de la “vaca loca”.

Un toro negro asciende de entre los bailarines y comienza a despedir fuego de sus narices. Todos quedan a la expectativa. El toro arremete contra los grupos de personas, los rompe y espanta con sus chispas y destellos de luz. Los bailarines tienen que quitarse rápidamente de su camino para evitar ser atropellados por la inmensa res. Los grupos se dispersan y reagrupan constantemente. Todos esperan a la bestia, y corren de ella. Esta gira y gira sin cesar

por todo el estadio. Parece buscar los grupos más grandes y densos para arremeter contra ellos. Su cuerpo se ilumina cada vez más: miles de pequeñas luces son despedidas de sus cuernos, de su grupa y de sus flancos. Corriendo en medio de la oscuridad, sus patas se vuelven dos círculos multicolores de luz y fuego, que comienzan a girar vertiginosa y temiblemente. En la noche circundada por la negra silueta de los cerros, su dominio visual es tan absoluto como fascinante.

Esta aparición es común a muchas fiestas propias de los Andes. Algunos le llaman el “torito”, otros la “vaca loca”. Se trata de una estructura de carrizo a la que se da la forma de un toro y que se forra de papel oscuro. Según los criadores más antiguos, antes de que la carretera hacia la costa fuese abierta, las “vacas locas” eran cubiertas con el mismo cuero de las reses. Una vez cubierto, el armatoste es provisto con dispositivos de fuegos artificiales. Cuando la oscuridad es suficiente para resaltar su artificio, la estructura de carrizo es levantada en hombros por un joven cuya cabeza desaparece dentro de la armadura. Así, casi ciego, el hombre comenzará a correr en medio de la muchedumbre, que se dispersa y reúne, se ríe y grita. En la actualidad, son las “pirotecnias” semiclandestinas de la ciudad de Lima los proveedores masivos de “vacas locas”; y los pueblos de las provincias andinas, quienes más las buscan.

La fiesta continuará hasta el amanecer. Pero a medida que oscurece, el baile del enorme círculo es alternado, cada vez más, con un repentino cambio de pasos y posiciones de danza. Comienza con esbozos —como las demostraciones espontáneas del “baile social”— y breves alusiones. Solo cuando la oscuridad sea completa y llegue el momento de realizar las visitas a las casas de los criadores, se formarán definitivamente las comparsas de *kiwyu*.

No hemos esclarecido aún la identificación precisa de esta ave.⁹ Aquí solo daremos algunas referencias obtenidas en Viscas, donde casi todos sus habi-

9 Hay escasas referencias a esta ave. Es posible que se trate de la misma que llaman *qewlla* en el departamento de Ancash (y es identificada como *larus serranus*); *qewilla*, en el de Cajamarca (donde se le atribuye color blanco); y *qiwlla* o *tiwlla* en la región de Junín. Algunos letrados de Viscas —y otros de Vichaycocha— nos aseguraron que el nombre castellano del *kiwyu* era “francolina”, refiriéndose probablemente al francolín (*francolinus francolinus*), un ave gallinácea parecida a la perdiz, de plumaje predominantemente negro y espalda gris. Todos los habitantes de Viscas, y de los demás pueblos de la comarca, han visto al *kiwyu*. El valioso estudio de Augusto Benavides Estrada sobre la comunidad de San Cristóbal de Huascayo (Distrito de Acos, provincia de Huaral) en la margen izquierda del río Chancay, menciona una ave propia de la región: la “perdiz Kiula” que clasifica como “*tinamotis patlandi*” (s/f: 76). Y nos da una descripción de ella: “es la perdiz de mayor tamaño que existe en el Perú. Habita en las altas punas. Su color es grisáceo, con finas rayas y manchitas amarillentas, vientre castaño, cabeza y cuello con rayas longitudinales

tantes afirman haber visto alguna vez al *kiwyu*. Se trata, según dicen, de un ave de tamaño similar al de una gaviota o una gallina (de poco más de diez centímetros de alto), de pico negro y de color gris, según unos, y verde oscuro, para otros: este último color los volvería difícilmente distinguibles en medio de los pastos de las alturas. Habitan en grupos de siete u ocho cerca de las lagunas más altas de la comarca, debido, sobre todo, a que “le gusta el agua”. El *kiwyu* comparte el mismo hábitat de las vicuñas silvestres que habitan en la puna y del mismo ganado vacuno que es festejado en el rodeo (muchos afirman que el *kiwyu* se ha “familiarizado” mucho con él). Cualquiera que camine en los extensos pastizales en busca de su ganado, o descanse mientras pastan sus ovejas, o que las conduzca a algún abrevadero o laguna, seguramente se encontrará con un grupo de *kiwyus*. Entonces, de seguro, podrá observar su particular “baile”. Los visqueños gustan de describir la comparsa de los *kiwyus*.

Cantan una hora por lo menos. Hay cantidad en los cerros. Sus huevos son como los del pavo. El huevo y el *kiwyu* son de color verde gris. Usted va para su lado y no lo encuentra. Andan en manchitas. En un cerrito, en una pampa, empiezan a cantar. Forman un círculo y en el medio va el macho. Después que terminan, unos a los otros se suben. Las hembras se tiran sobre el macho. De ahí han sacado el baile, es la churreada. Bailan abierto las alas.

Las aves forman, pues, un círculo en cuyo centro se coloca una de ellas (para algunos, esta posición es ocupada siempre por un ave macho). Con esta disposición, las aves del círculo comienzan a moverse en un mismo sentido, haciendo girar el círculo, y levantando una de sus patas. Así, ejecutan el baile “solo con un pie”, dando extravagantes pasos tanto hacia adelante como hacia atrás: “siguiendo las órdenes del que está en el medio”. Cuando el baile va a terminar, cada una de las aves se lanza sobre la que tiene adelante y busca picotearla emitiendo un particular sonido: “¡Churr!”. El motivo por el que las aves realizan este baile es interpretado de tres maneras distintas —pero no necesariamente excluyentes— por los visqueños: 1) Una de las aves morirá pronto. 2)

en negro y blanco. Su nombre vulgar no es sino la onomatopeya de su grito de huida: ‘kiuy, kiuy, kiuy...’. Sus huevos son de color amarillento y brillantes”.

Sin embargo, Estrada, que anota un gran número de celebraciones y bailes propios de la comunidad de Huascoy, no alude a ningún baile relacionado con esta ave. En cambio, Willem Adelaar (1982: 41), en su estudio lexicográfico sobre el quechua de Pacaraos, consigna: “Cierta clase de ave de las alturas; un baile tradicional”, y da dos ejemplos: *kiwyuktáp qachwarinmi ulqukuna* ‘Los hombres bailan *kiwyu*’, y *kiwyurishaq* ‘Bailaremos *kiwyu*’.

Los *kiwyus* se están apareando. 3) Las aves notan un cambio en la naturaleza, un cambio que representa “una alegría”. Es este extraño baile el que imitan los círculos de criadores (tanto el día veintisiete como el veinticinco):

En los últimos años se pierde la exactitud del baile. Antes solo esta comunidad sabía bailar el *kiwyu*, era una curiosidad. Ahora ya nos han visto y se han copiado.

En Viscas, la danza de los *kiwyus* casi ha dejado de ser ejecutada. Sucede lo mismo en el resto de las comunidades de la cuenca alta del valle del Chancay. Nuestra observación de este baile es, pues, limitada, y ha sido motivada por nosotros —de modo expreso o indirecto— más de una vez. En estos tres años hemos atisbado no pocos ejemplos de lo que pudo haber sido esta danza: ofrecemos aquí una síntesis que intenta ser fiel a aquellas visiones y testimonios.

Es una fiesta costumbrista que se lleva a cabo desde la época colonial. Ahorita no han apreciado lo que era antes. Antes era más organización, más disciplina, había orden. Los jóvenes o visitantes que venían de aquí o de afuera, ellos respetaban a los netamente vaqueros y vaqueras que eran del pueblo. Los vaqueros y vaqueras, hace tres o cuatro años atrás, bailaban lo que se llama la danza del *kiwyu*. En una fila, agarraban puros hombres, en la otra, puras mujeres. En las alturas hay unas aves silvestres que tienen un singular apareamiento diciendo “¡Kiwyu! ¡Kiwyu!” Sacan la danza del *kiwyu* porque los llamados vasallos, nombrados por la comunidad, se van hasta la última colina del territorio para juntar la última res.¹⁰

Según los visqueños, las pandillas en columnas —aunque las descripciones del comportamiento de estas aves no lo mencionan— ejecutan el “baile de los *kiwyus*”. Una pandilla se forma de dos columnas rectas y paralelas: una de mujeres y otra de hombres. Las columnas están separadas por una distancia de entre uno y dos metros. Uno detrás de otro, los bailarines avanzan con las manos en la cintura y las piernas flexionadas. Luego giran sobre sus pies de modo que los integrantes de las diferentes columnas terminan frente a frente. Enseguida, todos dan una vuelta completa en sus mismas posiciones, con una mano en la cintura y la otra sobre la espalda. Una vez que los danzantes de ambas columnas vuelven a encontrarse frente a frente, comienzan a mover los pies hacia delante. Levantan alternadamente ambos pies, “como si estuvieran pateando”, saltan y apoyan sus manos sobre la cintura, “porque el *kiwyu* abre las alitas”.

Delante de ambas columnas que forman su pandilla, va el capitán sujetando su bandera, y ordenando los movimientos de los danzantes. De cuando en

10 Testimonio recopilado por Dolmar Montesinos durante la marcación del ganado del año 2000 en San Juan de Viscas.

cuando pasa —con un movimiento similar al de un torero y su capote— sobre las cabezas de los danzantes, las cintas de colores que cuelgan de su insignia. A una señal del capitán, la música se detiene y hombres y mujeres se lanzan rápidamente sobre las espaldas de los integrantes de la columna opuesta. Hay un instante de incertidumbre e hilaridad en que cada uno busca a alguien del sexo opuesto. Al menor descuido: ¡Churr! —exclaman—. Y saltan, sin ningún aviso, en la espalda de quien deberá, con todas sus fuerzas, evitar que ambos caigan de bruces al suelo. Entonces se suceden los descuidos y las arremetidas: cada una distrae más a los que todavía se libran de la “churreada”. Pero quien más deberá cuidarse de los repentinos asaltos es el capitán. Son sus espaldas a las que la mayoría de las mujeres buscan encaramarse. Las alusiones y bromas sobre este momento del baile muestran connotaciones sexuales.¹¹ Solo los más extrovertidos realizan este último acto del *kiwyu*. Sin embargo, todos parecen contagiados por el ánimo de competencia. Algunos jóvenes, al describir el baile, comentaron:

Debes tener agilidad, porque te cansas rápido. Y a los que se cansan les dicen: “¡No puedes, no puedes!”. Es un desafío, una competencia. El que dura más, el que es más ágil, gana”.

Las columnas recorren las calles del pueblo visitando a todos los criadores. Tocan las puertas de sus casas “exigiéndoles su voluntad”. Frente a sus viviendas, cada ganadero recibe la visita de las dos comparsas de *kiwyus*. La comparsa de un capitán es integrada solo por aquellos que pertenecen a su propio barrio: “su gente, los que ese día le han ayudado ha encerrar sus reses en el corral”. El guardián sigue vigilando que los danzantes no se retrasen o dejen de integrar las pandillas: el intenso frío que inunda las calles, o el exceso de alcohol, invita a hacerlo (es usual que, a medida que la noche avance, solo permanezcan bailando los hombres).

La gente no dura hasta la amanecida. La mayoría se cae borracha, toman cerveza, anisado. A las tres, dos de la mañana ya está solo la mitad de la gente. La gente se escapa.

Pero antes de ser finalmente burlado, el guardián se afana en castigar a los presentes: quien camine en vez de imitar los pasos del *kiwyu* probará de su látigo. Esta es la canción que entonan mientras recorren las casas:

11 La profesora de la escuela nos contó la historia de una profesora anterior “muy blanca” y poco tímida, a la que le encantaba particularmente este salto: “Ella corría y gritaba: ‘¡Chur!’ Era la primera en aparecer sobre la espalda del capitán”. Según la misma maestra el capitán, que a pesar de su autoridad no puede evitar que se lancen sobre él, se limitaba a decir: “¡Ahora qué dirá mi mujer! ¡Mis hijos seguramente van a salir gringuitos (blancos)!”.

Canción del kiwyu

Botella en la mano
faltar gamunalá.
Cuarenta, cincuenta litros
faltar gamunalá.

¡Urria, mama! ¡Urria, mama!

Botella en la mano
faltar gamunalá.
Cuarenta, cincuenta litros
faltar gamunalá.

Kiwyula, kiwyula, kiwyu
Kiwyula, kiwyula, kiu
¡Chur! ¡Chur! ¡Chur!¹²

En cada casa, el dueño debe “sacar su voluntad”: puede ser una caja de cerveza o bien dos o tres botellas de anisado, además de una buena cantidad de coca. El licor tiene que ser bebido en ese momento, y no puede ser guardado como en el día del despacho de los vasallos. Las hojas de coca sí son guardadas, sobre todo por los comuneros mayores:

Algunos, como ya tienen esa manía, llevan su bolsa. Reciben la coca y la ponen en su bolsa nomás. Lo juntan, van juntando y al final ya tienen bastante.

Luego de recibir sus dádivas, se invita a la pareja de ganaderos a bailar con los integrantes de la pandilla. La banda deja momentáneamente el *kiwyu* y toca uno o dos huaynos para que los esposos bailen con aquellos hombres hasta entonces pájaros.

En noviembre de 1999, una visqueña, en una charla entablada con nosotros y con el presidente de la comunidad de entonces, nos aseguró que el *kiwyu* era el único baile propio del rodeo, y que los círculos de danzantes alternados entre hombres y mujeres no se habrían realizado sino recientemente. El presidente

12 Según la Sra. Rojas, visqueña de 70 años, los danzantes, en el momento de esta exclamación, tocan un “pito” (instrumento de viento de forma cilíndrica que tiene, en un extremo, dos agujeros delanteros y uno posterior) que llevan colgando del cuello y giran sobre sus pies. Hemos visto un instrumento de igual denominación en la comunidad de San Miguel de Páriac-Huayopampa, donde su poseedor afirmó que pertenecía al baile de los *Huancos*, danza tradicional del valle del Chancay. Según la misma informante, la canción hace alusión a que el criador visitado debe salir con “una botella en la mano”, con su “voluntad”, su “cariño”, su aporte —licor, coca, cigarrillos— para los visitantes.

asentía, pero sin pronunciarse. El baile del *kiwyu* era, además, mucho más complejo. Era ejecutado solo por hombres (pero no solo mozos) que cambiaban los pasos de baile según las ordenes del capitán que les gritaba:

—¡Zapato, mama!

—¡Escobilla, mama!

Cuando los vasallos se formaban en dos columnas paralelas, el capitán describía círculos en el espacio entre ambas columnas, agitando su bandera y gritando constantemente:

—¡Orden, *mamaku!*

Pero había otra ordenación practicada durante el despacho de los vasallos del día veinticinco de agosto. Los vasallos formaban un círculo rodeando la bandera sostenida por el capitán. Cada uno sujetaba en sus manos un látigo cuyo extremo opuesto era enredado en el mástil de la insignia del capitán. Como las manecillas simultáneas de un mismo reloj, los vasallos debían girar alrededor del mismo centro y en el mismo sentido. La señora Victoria Medrano aludió además a un disfraz usado por los danzantes, pero no supo describirlo más que como la imitación de la ropa vieja de los “pastores”.

5.9. Segunda imposición de sobrenombres

Antes de que la pandilla de *kiwyus* parta hacia otra casa, comienza un rito similar al que pudimos observar durante el despacho de los vasallos. Pero ahora no es el capitán quien lee la jocosa nómina de vasallos, sino uno de los integrantes de la pandilla. Los sobrenombres han sido propuestos por los mismos vasallos mientras cuidaban el ganado en las alturas. A cada uno de los integrantes de su barrio se le apodará resaltando algún defecto o alguna circunstancia bochornosa y conocida. Esta tradición también parece estar dejando de practicarse. No nos ha sido posible escuchar esta lista, pero muchos informantes nos aseguraron que había dejado de hacerse recién en 1998, y que probablemente reaparecería. Escuchemos a uno de nuestros informantes de mayor edad:

Hacían lista de apodos en la puna. Una nómina en la que a sus vasallos ponían mil cojudezas [tonterías]; pero le ponían a los vasallos, a la viejita, al capitán, a los criaderos [ganaderos]. Ponían sus nombres cambiados, pues. ¡Era chistoso! En cada casa tenían que leer los nombres que habían inventado. Y cuando les llamaban, respondían: “¡Prisinti mama!” Pero si ya no estaba presente, respondían otros: “¡*Wañukushan, mama!* ¡*Wañukushan!*”¹³

13 La respuesta “¡*Wañukushan, mama!* ¡*Wañukushan!*” (“¡Ya se ha muerto, madrecita, ya se ha muerto!”) es dada a quien llama a la lista cuando el aludido no está presente, debido, como dijimos, al natural agotamiento de las prolongadas horas de baile, bebida y frío.

¡Era bonito! Todos tenían que responder, si eran doce, doce nombres; si eran quince, quince nombres. Llamaba el vasallo que tenía su bandera, o el más curioso de todos: que Rosita tal, que viejito cual.

¡Era de matarse de risa! Llamaban a todos, como decir si está completo o no su gente. Los apoditos eran, pues, con lujo. Por ejemplo, del capitán decían: “¡*Mama-saphitan, varampa, varampa, mikhukuq!*”,¹⁴ “eres borracho perdido”, “eres especialista de la universidad de la burrología.” Y otros mucho mejores.

Después de visitar las casas de todos los ganaderos, ambas pandillas se dispersan. La mayoría se dirige a su casa, donde la mañana los encontrará dormidos. Solo algunos persisten en continuar las celebraciones, junto a otras familias amigas, dentro de sus casas, donde las parejas seguirán bailando hasta el amanecer.

Cada uno se reúne con su familia, entre compadres y sobrinos. Ya han contratado un arpista y un violinista, una orquesta, para que toquen todo el día y toda la noche. Aunque las orquestas vienen así no estén contratadas. Previo trago, previa coca, y dependiendo del gusto de cada uno. Así amanecen hasta el día veintiocho.

Antes de concluir este apartado sobre las actividades relacionadas con el descenso del ganado al pueblo, presentaremos el testimonio de Simón Verástegui Florecín, uno de los comuneros de mayor edad e informante de Alejandro Vivanco allá por el año de 1963. Su descripción, grabada por nosotros en enero del 2001, muestra sobre todo las diferencias más saltantes entre el rodeo actual y el de su juventud: el traslado de la población de Viscas a las alturas—donde se identifica el ganado y se realiza el banquete con la población dividida en dos grupos—,¹⁵ la predominancia de los chicotes sobre los explosivos, y la aparente ausencia de bandas de música.

Estas costumbres antiguas del rodeo se hacían hasta, por lo menos, el año de 1935. Aunque positivamente no recuerdo qué año puede haber sido. Yo todavía era muchacho cuando hacíamos allá. La música, cuando hacíamos el rodeo en las alturas, era solo con instrumentos de viento, no había orquesta. Antes no solo los vasallos amanecían en las alturas. También ese era el lugar de los capitanes. [Los del pueblo] nos reuníamos lejos,

14 Esta frase resulta enigmática: “¡*Mama-saphitan, varampa, varampa, mikhukuq!*” Significaría, según nuestro informante, “el capitán come de la vara de la *mama*”, o “el capitán recibe de la *mama* su vara, lo mismo su viejita”.

15 En 1963, la población peregrinaba a las alturas de su territorio para identificar el ganado. En la actualidad, hemos apreciado que, en la comunidad de San Miguel de Vichaycocha, el banquete es celebrado en las alturas (dividiéndose los comensales en dos grupos), y que en el corral de las alturas de Santa Catalina de Collpa, las familias no solo comen sus propias viandas, sino que identifican su ganado con música y bailes especiales.

no se juntaban las reses en el pueblo. Han cambiado ahora porque el corral de las alturas no se abastecía para tantas reses, era muy reducido. A veces se han salido, hasta se han matado las reses entre ellos, por tumbarse de un sitio para otro y por pelear.

El veintiocho de agosto era la marcación del ganado, arriba, en Shulshuyca —o en San Cristóbal, no me acuerdo—, los de los barrios Alto y Callas. Y en Lashihuañunga, los de los barrios Cachir y Tapas. Los dos barrios tenían que estar separados, si no se peleaban. Allá se hacía el rodeo, el señalamiento, la marcación, el encintado de las orejas de las vacas. En el señalamiento recibían la sangre de la oreja del animal, y le pintaban a uno y a otro con la sangre.

Después de acabar de señalar, servían la comida. Arriba, el capitán y el alcalde debían tender una mesa para cada barrio.¹⁶ El capitán tenía que hacer un gasto fuerte. La comida más que todo. ¡Cuántas clases de dulce, cuántas clases de comida! Había uno de Coto que sabía cocinar, y uno de aquí. Otro más teníamos que traer de la costa. Cocineros expertos eran contratados con mucha anticipación; no se ocupaba cualquier cocinero. La comida era preparada por ellos y llevada muy lejos. Teníamos que llevar la comida en cuatro cajones, en dos avíos todavía, sin contar lo que la gente se cargaba en la espalda. Se reunían allí por lo menos cincuenta personas, formando un círculo. La bandera era plantada en el centro. Servían distintos platos, comidas especiales, la verdad que ni yo mismo conocía a veces. Pachamanca también. Cada uno de los capitanes tenía que dar un camero, uno era para la pachamanca y el otro para la noche. Porque había que tomar caldo de carnero toda la noche.

Después seguía el enfloramiento de todos los presentes. Se le ponen bizcochos al uno, al otro, lleno; y al vaquero más todavía. Con un bizcocho en forma de toro en su espalda. Le llaman *wallchapa* o *wallgapa* también. Después comenzaba el descenso al pueblo. Entonces ya cada uno formaba la junta que tenía. Había unos chicotes que sonaban como cohetes. ¡Uy, caramba!. Eso sí era competencia. Los chicotes eran trenzados de cuero, de más de una basana,¹⁷ y sonaban como cohetes. Nosotros tirábamos fuerte con el chicote, agitábamos en el aire para que sonara. ¡Al día siguiente el brazo quedaba muy adolorido! Como diez éramos los que tenían chicote. Ahora ya no hay eso, lo que hay son los cohetes nomás. En Pacaraos sí hacen siempre, creo. Como se maltrata mucho el cuerpo ya no le gustó a la juventud.

Llegando al pueblo, todos se ponían a jugar a “la vaquita”. Era el veintiocho de agosto. Salía un hombre que hace de torero, y salía la vaca. Pero la vaca era una mujer que tiene puestos unos cachos y que buscaba cornearle al torero. Se hacía algo semejante a la corrida de toro, pues.

16 Según un testimonio grabado por Dolmar Montesinos el 29 de agosto del año 2000, los pares de barrios Cachir y Tapas, y Alto y Callas también se encontraban separados uno del otro. Cachir y Alto se habrían alejado más del pueblo, mientras que Tapas y Callas se habrían reunido en lugares más cercanos a este.

17 Sin explicar. Probablemente se trate de una escala de medición.

6. LA IDENTIFICACIÓN DEL GANADO (VEINTIOCHO DE AGOSTO)

El veintiocho de agosto es la apartación. Todo el mundo, chico y grande, se alegran. Marido y mujer se alegran.

El día veintiocho de agosto tiene dos actividades centrales. Por la mañana, la distribución del ganado reunido el día anterior entre sus respectivos dueños, y, por la tarde, las celebraciones relacionadas con su identificación.

Las actividades de este día comienzan con un desayuno en casa de todos los criadores del pueblo. Este desayuno es particularmente abundante debido, en parte, a que no se probará bocado hasta bien entrada la tarde, cuando se haya reunido el ganado en el redil familiar: incluye pues, por lo menos, un caldo y un segundo. En muchos casos —sobre todo si se reúnen los miembros de varias familias y no solo los de una— este desayuno incluye un “poncheo”, es decir, un convite de vasos de ponche —que puede reemplazarse por cerveza o “quemadito”—. A partir de las diez de la mañana, los ganaderos ya desayunados acuden al gran redil. Allí, la directiva comunal ya ha reemplazado a los porteros que velaron toda la noche y espera a los criadores. Estos entran al redil, reconocen sus reses y las arrear hacia la puerta, donde el secretario cuenta el número de cabezas. Según este número, el presidente establecerá el monto que el dueño deberá pagar a la comunidad antes de salir. Esta suerte de impuesto anual es, pues, calculado de modo similar a la cantidad de viandas ofrecidas en el estadio: en proporción directa con el número de cabezas que un ganadero posee. La suma total de los pagos efectuados por los ganaderos va a formar parte de los fondos comunales. Estos fondos son administrados por las autoridades de la directiva comunal y se utilizan en la ejecución de obras públicas o de bien colectivo.

Luego que un ganadero recoge todas sus reses del redil comunal, las conduce a su propio corral. Allí, cada familia realizará su propio rodeo, la “fiesta de sus vacas”, tan animada como la del día veintisiete. Una ganadera nos lo explicaba así:

Es como festejar su cumpleaños de las vacas. Se festeja cada año. Es la única fiesta del ganado. ¡Esa vaca es la que te da vida! ¡Esa vaca es la que te da leche! De la leche sale el queso, y el queso lo vendes en Huaral, hasta en Lima. ¿Cuánto te da? Ese animal te ha dado vida. Los criaderos le adulan todo eso.

Las orquestas y conjuntos musicales están dispersos siguiendo a decenas de banderas acompañadas de *tinyas*. Todos deambulan interminablemente por las estrechas calles del pueblo, avanzando hacia los corrales familiares. La pe-

queña villa de Viscas se puebla de música, bailes, canciones y gritos; de distintos tipos de bebidas, comidas y ofrendas. Reducidas y dispersas, las celebraciones continúan.

En los patios de las casas, las mujeres, sentadas al sol, terminan de cortar las cintas de múltiples colores que sujetarán en las orejas de las reses, y preparan los collares que lucirán y las viandas que comerán sus familiares e invitados. Allá preparan ají en un gran batán de piedra. Aquí matan y despluman las gallinas que se cocinarán ese día. Un cuñado afina el tamborcillo de la familia acercándolo prudentemente al fuego. Los más jóvenes se entretienen probando grabaciones de grupos de moda en una radio portátil que colocan sobre la mesa. Otros van a los altos de la casa en busca de los implementos de la bandera: las gruesas y largas cintas de colores (de aproximadamente cuatro centímetros de ancho y un metro de largo), las grandes sonajas de metal, la *garakata*, la *lliklla* y el plumero —todo un poco más pequeño y vistoso que la bandera de los barrios principales—.

Cada criandero tiene su propia insignia. Todas son diferentes, a su gusto del criandero. No es de una sola forma, es al gusto.

Un músico, amigo del ganadero, entona con su bajo los distintos rodeos¹⁸ que se ejecutan en todos los pueblos de la provincia. Los demás, mientras continúan su labor, piden una tonada en especial, escuchan atentos, o emiten juicios sobre la ejecución:

—¡Sí, ese es el rodeo de Pacaraos!

—¡No, ese más parece el de Ravira!

—¿Conoce el rodeo de Coto?

El músico toca complacido. En las pausas nos dice espontáneamente:

—¡Ahora todo es al revés! —y se ríe.

Y agrega, mirándonos a David y a mí:

—En esta fecha todo es al revés. No se anda con los pies, sino con la cabeza; no se saluda con la mano, sino con los pies.

Todos se ríen, ninguno lo contradice.

—¡Se habla dándonos la espalda! —sentencia, ríe y vuelve a tocar.

El cuñado —un comunero venido a caballo desde la comunidad de San Juan de Coto (distrito de Veintisiete de Noviembre)— ha terminado de tem-

18 El instrumento conocido en los Andes como “bajo” es un bombardón (el nombre de “bajo” designa en general a cualquier instrumento que produzca, dentro de un conjunto, los sonidos más graves).

plar la *tinya* en el fuego y comienza a aporrearla. Notoriamente alegre y algo bebido, lanza al aire los agudos gritos tan propios de estas fiestas, los *wahes*: —¡Huajajaii! ¡Huaajaiiii!

Cuando los preparativos de las mujeres en la casa están por terminar, la breve banda, compuesta por el bajista y el tamborilero, parten hacia el redil familiar. Los corrales pueden situarse, sobre todo los más grandes, en las afueras del pueblo u ocupar un lugar adyacente a las viviendas de sus dueños. Encontramos a los miembros varones de la familia en una especie de antesala entre el corral y la vivienda familiar. Están sentados, formando un semicírculo, sobre pequeños troncos de árbol y un pequeño muro de piedra, todo cubierto con oscuras mantas bordadas de vivos colores. En un extremo está el ganadero y jefe de la familia junto a sus hijos; al otro lado se encuentran sus familiares más cercanos. Los parientes más lejanos y los amigos venidos de Lima ocupan un rincón del patio, junto a los recién conocidos, David y yo, que guardamos silencio. Solo la esposa del dueño está sentada aparte, a unos pocos metros y sobre una manta extendida en el suelo. Se ha trasladado allí para concluir el corte de las cintas de colores y terminar de atar las flores en los collares del rodeo.

Esta es una de las formas de dirigirse al redil familiar: por partes y poco a poco. La otra forma es más ceremoniosa: comienza con una reunión previa de todos los participantes en la casa del ganadero. Desde allí, la comitiva parte acompañada de un arpa y un violín o de uno o dos bajos, rumbo al corral donde esperan las reses de la familia. El ganadero va delante de la comitiva bailando y agitando su bandera. De vez en cuando retrocede, mezclándose entre sus familiares, rodeándolos, pasando su bandera sobre sus cabezas. Los parientes transportan una serie de implementos: los collares, la marca, las cintas, el cuchillo, las cajas de cerveza y, en caso de que no se haya contratado una banda, una radio portátil.

Parece haber entre los jóvenes un acuerdo tácito en cuanto a la vestimenta apropiada a los acontecimientos. Los jóvenes —quienes son los encargados de atrapar las reses con sus lazos— lucen camisetas con los emblemas de famosos clubes deportivos extranjeros: las selecciones de Chile, Italia o Brasil confunden sus particulares combinaciones de colores. Los hombres mayores lucen camisas relucientes. Las mujeres, en cambio, y debido quizá a que sus labores de cocina se intensifican, no parecen alterar su vestimenta cotidiana. Mientras conversan, se bebe cerveza, se fuma y se chaccha coca. Más de una vez presenciamos el inicio de una ronda de chistes en este momento.

El corral familiar que está al lado del patio tiene aproximadamente veinte metros cuadrados de área y alberga poco más de veinte reses. Un grupo de mujeres trae la bandera familiar y se la entrega al criador: es momento de

marcar el ganado. El jefe de familia planta su bandera sobre el suelo en medio del corral. Como en la mayoría de los rediles, usa una piedra llamada *huanca* —con forma de columna y de aproximadamente medio metro de alto— como punto de apoyo para el mástil. Aunque esta es la forma más común de colocar la bandera, no es la única. Otras familias, sin embargo, designan a una persona para que sostenga, de pie, la bandera en un lado del redil, de preferencia, la parte más alta del corral (son pocos los corrales cuya superficie no tenga una fuerte pendiente).

Las reses caminan entretenidas, lamiendo la sal que se les ha dejado sobre varias piedras planas o cartones dispersos en el corral. El hijo mayor del ganadero —negociante en la ciudad de Lima— es un experto laceador. Anuda una gruesa sogá, la hace girar sobre su cabeza unos segundos y la suelta en dirección del toro que ha escogido. Es común que acierte en la primera oportunidad y que sujete los dos largos cuernos del toro. Una vez que el animal ha sido atrapado, el laceador se mantiene fuera del campo de visión del animal y, sin dejar de tirar del lazo para que no escape, va acercándosele. Una vez que lo alcanza, hace un nudo, a modo de bozal, alrededor de su hocico. Solo entonces, los demás, que se habían mantenido a prudente distancia y a la expectativa, se acercan. Para sujetarla de los cuernos son necesarios, dependiendo de la fuerza de la res, de tres a cinco hombres. El laceador sujeta la sogá con la que ata sus mandíbulas. Si el animal es demasiado indócil, lo sujetará de la nariz con sus dedos índice y pulgar (algunas familias cuentan para ello con una herramienta especial de fierro a la que llaman “nariguera”). Esta última práctica, junto a la técnica de doblar la cabeza del animal hasta que sus cuernos toquen el suelo —previa a la marcación con el hierro caliente—, no son muy bien vistas por algunos ganaderos. Muchos nos manifestaban que no eran sino una “falta de consideración” con las reses.

Una vez que el animal es elegido, atrapado y domeñado, se procede a identificarlo. A todas las reses, sin importar su edad, las mujeres les cortan la pelambre del rabo y las orejas. En las orejas de todas las vacas se cambian las cintas viejas por otras nuevas. Rápida y delicadamente, atraviesan las orejas sin agujero con una gruesa aguja que lleva ensartadas dos cintas de colores muy vivos. Una vez que termina y anuda las cintas, la mujer —generalmente una anciana— lanza un grito fuerte, con rostro de triunfo.¹⁹ Si se trata de un

19 Muchas familias vuelven a cambiar estas cintas por otras nuevas en una fecha en particular: el Sábado Gloria de Semana Santa. Existe, además, una excepción a la regla de encinstar solamente a las vacas: algunas familias, por iniciativa de sus miembros más jóvenes,

ternero menor de un año, se considera que ha llegado el tiempo de hacer un corte a cuchillo en cada una de sus orejas: es la señal. Cada familia tiene una forma exclusiva de mutilar las orejas de sus animales. La sangre que brota entonces es recogida y untada sobre el rostro de todos los participantes. Son, por lo general, las más ancianas quienes pintan las caras de los hombres ocupados en sujetar a las reses y de todos los espectadores. Si el animal tiene ya cerca de dos años, hechos el encintado y el señalamiento, será necesario marcarlo. Entonces se les enreda las patas con gruesas sogas. Se empuja cuidadosamente al animal hasta que tropieza o pierde el equilibrio y cae al suelo. El laceador se sienta a horcadas sobre el cuerpo tendido del animal y los demás sujetan las patas mientras otro las ata firme y rápidamente para evitar que se suelte o patee a alguien. Uno o dos hombres más se sientan sobre la res. Mientras tanto, un hombre designado por el criador trae la marca que ha calentado en una hoguera encendida en una esquina del corral. La marca es una vara de hierro de más de un metro de largo en uno de cuyos extremos lleva las iniciales del criador. Cuando la marca alcanza, sobre la hoguera, un tono cercano al rojo, es puesta, con fuerza medida, sobre el anca del animal echado. El cuero del animal despidе un vapor abundante y denso. La marca es retirada después de unos breves segundos en los que se cuida de presionar todos los bordes de las letras. De inmediato, varios hombres cubren con bosta fresca las líneas rojas que forman dos letras y una herida sobre el anca de la bestia. Cuando el torete se calma, desatan sus patas y todos se retiran rápidamente. El animal se incorpora solo, y se une lentamente a la manada que espera en la esquina del corral. Ajenas a los afanes de los hombres, las reses lamen entretenidas sus porciones de sal.

Mientras los hombres sujetan, marcan y señalan las reses, las mujeres corren trayendo las cintas con las que adornan las orejas del ganado, pero también tocan sus *tinyas* y lanzan sus *wahes*. Exigen a los músicos que toquen y canten los *takis* (las canciones en honor al ganado) más conocidos o entonan ellas mismas los versos de su familia. Este es el *taki* de Josefa Vilcas, ganadera de Viscas:

colocan cintas en una de las orejas de los toros. Cuando pedimos explicaciones al respecto, nos dijeron que así se estilaba ahora entre los jovencitos de Lima: llevan un arete en una sola oreja.

Cachirpampa, su estancia...

Cachirpampa, su estancia
de mi nataysenga
De la pampa, su comedero
tanque, puquio, su tomadero
Cachirmarca, su comedero
de mi shulaysenga

Shulalanga, shulalanga
piriulla wayta
Shulalanga, tandralalan
putrkula wayta²⁰

No me mojes piriulla wayta
porque mi mantita
ya está rotocito
no me mojes agüacerito
de la puna

Shulalanga, shulalanga
piriulla wayta
Shulalanga, tandralalan
putrkula wayta

Wayrurita colorada
licorcito de Andahuasi
no me lo perturbes
a mis acompañantes

¡Huay! ¡Huay! ¡Huay! ¡Huay!
¡Viva, viva, mi nataysenga!

Cada familia se procura su propia orquesta. Los músicos pueden ser parientes de los ganaderos que habitan en el mismo pueblo o conjuntos contratados de otras comarcas: sobre todo de Sumbilca (distrito del mismo nombre) —que es quizá el único pueblo de la provincia que compite con Viscas en el prestigio de sus compositores—. Además de las orquestas de arpa y violín, hay otras dos alternativas: las bandas de alrededor de quince músicos y las

20 Parte de esta canción puede traducirse del siguiente modo: Cachirpampa es la estancia / de la que tiene la nariz tullida / La planicie es su comedor / el manantial es su abrevadero / Cachirmarca es el comedor / de la que tiene rocío en la nariz / [...] / Flor de piriulla / [...] / Flor de putrkula / No me mojes flor de piriulla / porque mi mantita está rotocita...

grabaciones magnetofónicas artesanales producidas por las decenas de conjuntos musicales de la provincia. Las bandas suelen ser contratadas solo por los más pudientes o por los parientes directos de sus integrantes. La segunda alternativa —los cassettes— es utilizada o por los de menos recursos o por los pretenciosos, que gustan de exhibir sus modernos equipos de música. Los equipos estéreo pueden tocar música moderna, como los ritmos de cumbia logrados con instrumentos electrónicos que tanto gustan en los barrios populares de Lima o las grabaciones que los mismos visqueños hacen de las bandas y orquestas de rodeos anteriores.

Nos vamos a bailar el *taki*, a bailar los huaynos, a bailar todo lo que gustas. Nosotros no tenemos dificultad en grabar a los artistas. Todos tenemos grabaciones. Hacemos tocar y, junto con la *tinya*, bailamos hasta cansarnos.

El proceso de identificación toma aproximadamente quince minutos por cada res, Durante las tres o cuatro horas que demora concluir con toda la manada, algunos comerciantes de ganado, venidos de la ciudad de Huaral, aprovechan para acercarse y observar la calidad de sus posibles compras. Estos mercaderes de ganado conocen las fechas de los rodeos de todas las comunidades serranas que aprovechan para seleccionar las mejores reses. Un joven de entre veinte y veinticinco años entró en nuestro redil y habló con el dueño de las reses mostrándole su interés en comprar ganado. Una vez que el ganadero ha dado su permiso, el muchacho se acerca al toro más grande de la manada y, como una demostración de sus conocimientos, lo enlaza con gran facilidad y lo domina solo, sin dar tiempo a nadie para ayudarlo. Cuando los demás por fin acuden para sujetarlo, suelta al animal y busca otros. Sin preocuparse de nadie más que del dueño, deambula preguntando precios. Escucha y regatea mientras sacude el polvo de su atuendo: lleva un sombrero estilo vaquero norteamericano, un polo de manga corta con palabras en inglés, una casaca y pantalones, ambos de *jean*.

Un poco antes de que la identificación concluya, una persona designada por el criador se acerca a todos los participantes con una bolsa en la mano. En ella se recogen las pellas de coca que todos los participantes guardan en las canillas. Estos burujos —llamados *cocachus*— no deben ser botados. Cada uno de los presentes que haya tomado la coca del criador deberá entregarlos a la persona encargada. Las pellas reunidas serán enterradas al día siguiente, junto con los restos de la identificación del ganado (denominados “señales”) y otros objetos a modo de ofrendas. Quien no entregue su bola de coca es denunciado de inmediato ante el criador. Según la etiqueta, todos los participantes tienen que llevarse a la boca, en algún momento de la identificación, algu-

nas hojas de coca. Es por eso que si alguien no entrega su pella al recolector, todos asumen que la ha dejado abandonada en alguna parte (un muro, una piedra, una chacra, etc.) En ese caso, el castigo que merece el infractor es denominado “cuatro”.

—¡Su cuatro! ¡Su cuatro! —comienzan a gritar los más jóvenes.

El castigo consiste en cuatro azotes dados en el trasero con un látigo de cuero similar al que usan los vasallos el día del descenso. Los inculpados son generalmente conducidos a la piedra *huanca* que sostiene la bandera en medio del redil. Los jóvenes y adultos ríen. Allí, frente a la piedra, son obligados a arrodillarse, mirando hacia la base de la piedra. Quienes dan los latigazos suelen ser mujeres, puesto que los infractores son en su mayoría hombres. Una tras otra, todas las mujeres presentes en el redil familiar cogen el látigo y azotan con suavidad y aspavientos a los castigados (que también suelen ser llamados “multados”). En medio de las voces que piden mayor rigor a las mujeres, los que reciben los azotes pueden burlarse o alardear:

—¡Ese golpe no me duele! —dijo riendo uno de los esposos de las hijas del ganadero.

Otro intenta levantarse antes de que todas las mujeres terminen de azotarlos. Todos protestan y lo obligan a volver a su lugar al pie de la bandera.

Cuando las reses ya han sido debidamente identificadas, comienza una suerte de juego espontáneo en el que los participantes se marcan entre sí. Cogen las marcas de fierro, enfriadas o sin utilizar, y untan las iniciales con tiza o con la ceniza de la bosta. Así pintada, aplican la marca sobre las nalgas de cualquier desprevenido, de modo que las iniciales del criador quedan estampadas sobre su ropa. Esta práctica no tiene un momento fijo, sino que se realiza a lo largo de toda la tarde posterior a la identificación del ganado. Cuando alguien es marcado, suelen decirle:

—¡Ahora eres de tal criadero! ¡Anda al cerro con sus vacas!

O, si es alguien que asiste por primera vez a las fiestas, le dicen:

—¡Ya estás marcado, ahora tienes que volver siempre! —en medio de risas generales.

Las detonaciones de explosivos van haciéndose más frecuentes e intensas a medida que avanza la tarde y culmina la identificación.

—¡Bulla se siente en el corral! —dicen los visqueños cuando relatan este momento.

Las primeras sombras aparecen sobre el pueblo acompañadas de los agudos gritos de los participantes, los *wahes*, y el estrépito de las bandas y equipos estéreo. Las mujeres cogen en sus manos y comienzan a repartir los collares del rodeo entre todos los presentes. Es de notar que no son las mismas

wallchapas usadas el día anterior (compuestas de *huamanripa* y *vira-viray*), sino más bien aquellas que fueron entregadas a los vasallos durante su despacho el día veinticinco. Estas pueden incluir hierbas (como el hinojo), pero abundan en quesos, frutas (como la mandarina o la naranja), panes y flores (sobre todo claveles). Los primeros en recibir los collares son los ganaderos o dueños del ganado. Estas *wallchapas* incluyen, además de los elementos ya descritos, un enorme pan en forma de toro, en el cual se inscribe el nombre del criador con líneas de caramelo. Este elemento adicional es llamado *apari* por algunos ganaderos y puede variar, sobre todo en el caso de las criadoras, a la forma de una mujer. Solo después son distribuidas el resto de *wallchapas* —menos ricas que las ostentadas por los ganaderos—. Los participantes suelen lucirlas alrededor del cuello. Los ganaderos, en cambio, las llevan a modo de bandas que cruzan su pecho y espalda diagonalmente. Son las mujeres mayores quienes adoptan estas diferencias, casi en silencio, apenas murmurando algunas palabras de cortesía.

Los *wahes*, los cantos y las detonaciones —que, según los visqueños, “los animales escuchan”— se incrementan cuando los familiares abren la puerta del corral y las reses comienzan a ser arreadas hacia las afueras del pueblo. Detrás de la manada van los músicos y los miembros de la comitiva del ganadero, entonando canciones, tocando sus tamborcillos y agitando sus banderas. Las mujeres de mayor edad lanzan al aire confites y caramelos. Los dulces de colores variados caen sobre los cuerpos de los animales como la cerveza que el criador agita en su botella y es despedida en largos chorros blancos. Cuando el patrón y la patrona (otra denominación que suele darse a los ganaderos) cruzan la puerta del corral, exclaman al unísono el grito extático del rodeo, sonríen y avanzan en medio de la lluvia de gollerías y peteretes. En las cruces asentadas en los caminos que conducen a las afueras del pueblo, la comitiva se detiene y despide a los animales. Es al lado de esas capillas, que marcan la separación entre el pueblo y el campo que lo circunda, donde la comitiva deja ir solo al ganado. Viéndolas avanzar lentamente y en columnas, los comuneros afirman que las reses retornarán por sí mismas, no solo a las alturas, sino a las mismas querencias de donde fueron traídas por los vasallos:

La vaca se va solita, no es necesario que la lleves hasta arriba. De la salida del pueblo las vacas se van comiendo, se van distanciando. No es necesario llevarlas, ya conocen. Arriba pastan solas, nadie las cuida. Están sueltos. Después de diez días más o menos los dueños suben a verlos, a ver si siguen en el lugar de siempre. Porque ellos mayormente paran en un sitio nomás, no se van lejos. Llegan a un sitio y allí dan vueltas. Bajan y suben. También bajan solitos a tomar agua en los puquiales del cerro. Duermen al aire libre, las crías también solas andan en el cerro.

El baile continúa unos minutos frente a la capilla hasta que la comitiva entera emprende el regreso al pueblo y a la casa del criador. Una vez dentro, todos se sientan. Es tiempo de descansar. Algunos beben cerveza o chicha, otros fuman y charlan. Se oyen bromas, risas. Algunos de los jóvenes se retiran pronto. Salen a la calle con las marcas de sangre en su rostro. Entran al corral de otro pariente, ofrecen su ayuda, reciben más cerveza. Faltan pocos minutos para las cinco de la tarde y para el gran almuerzo que los criadores ofrecen a todos los participantes.

¡Comenzamos a hacer nuestro ruedo! Sacamos la coca, el cigarrillo, la cerveza, el trago corto, el trago largo, en fin... [risas] Puedes hacer una pachamanca: con carne, papa, oca, habas. Puedes hacer un picante ¡Cuántos cuyes mueren esos días! ¡Cuántos carneros mueren esos días! ¡Hay humitas de chuño, de papa, de maíz!

En ese momento, todos los participantes nos sentimos regocijados.

7. EL ENTIERRO DE LAS "SEÑALES" (VEINTINUEVE DE AGOSTO)

El veintinueve de agosto es el último día de las celebraciones del rodeo. Hoy se enterrarán y desenterrarán los saldos de la identificación del ganado: los pequeños trozos de orejas (que es el sentido propio del término "señales"); la pelambre del rabo y las orejas; las cintas de colores reemplazadas por otras nuevas (en los animales y en los instrumentos); y algunos objetos suntuosos: flores, monedas y botellas de cerveza. Primero se recuperan los elementos enterrados el año pasado y luego se entierran los producidos el día anterior.

Las celebraciones de este día son ejecutadas por los grupos de familias (llamados "juntas") más importantes en cuanto a ganadería.²¹ Las actividades comienzan con un desayuno —similar al servido el día anterior— en casa de una o dos familias (dependiendo del número de hogares que integren la junta). Sean una o dos las casas, todos los miembros de las juntas acuden al abundante desayuno. Se recibe cordialmente a los visitantes, quienes reciben los platos que se les ofrece y ultiman los detalles de las celebraciones que comenzarán en la tarde, después del almuerzo.

Durante toda la mañana reina el silencio. Solo a partir del mediodía, el pueblo comienza a animarse. Se ponen las mesas bajo el sol que alumbra los

21 Las juntas son grupos de dos a cuatro familias nucleares emparentadas entre sí por lazos de afinidad y que mantienen frecuentes prestaciones de trabajo entre sus miembros (para la construcción de una casa, para la siembra de una chacra o para la herraanza de una manada de ganado).

patios, se tienden los mejores manteles y se colocan encima enormes jarras de chicha. El almuerzo es ofrecido por las familias de la junta que fueron las invitadas en el desayuno de la mañana. El almuerzo sigue el patrón de los platos “especiales” propios de los restaurantes ciudadanos de la costa. Aparecen las entradas como ensalada de betarraga con abundante mayonesa; los guisos, secos, escabeches, tallarines, y los postres como gelatina o mazamorra morada. La reunión, sobre la grama de los patios de las casas, y bajo la sombra de los árboles, es amena. Muchas orquestas continúan en el pueblo; se bebe en abundancia. Una ganadera pone el pico de la botella en los labios de un violinista para que pueda beber sin dejar de tocar. Ya anotamos que esta forma de beber impide al invitado controlar la cantidad de cerveza que bebe y que si resistiera, la cerveza se derramaría sobre su pecho y el piso, agravando a sus anfitriones.

Después del almuerzo, la junta termina de encintar, señalar y marcar las reses que no fueron traídas por los vasallos. Este ganado es arreado por los miembros más jóvenes de las familias involucradas, e identificado por los adultos (las actividades son menos ceremoniales y guardan el mismo patrón que el día anterior). Una vez que se ha terminado de identificar el ganado restante, comienza el desentierro de las señales. Las más de treinta personas, la mitad de las cuales suelen provenir de las ciudades de la costa, acuden a la casa donde se enterraron las señales el año anterior (cada año se entierran las señales en un lugar distinto de modo que todas las familias de la junta puedan albergarlas en sus casas).

Muchas juntas conservan la bandera bajo la cual han identificado su ganado el día anterior. El ganadero que porta la bandera es el jefe de la familia que más ganado posee en la junta. Si la comitiva se traslada a través de las calles, es él quien porta la bandera; si se detiene en una casa, la deja quieta y en pie. Pero, además del criador y su bandera, hay otros dos personajes, ya vistos durante el descenso del ganado: el guardián y la *mamala*. Las *mamalas* siguen divirtiendo a todos con sus gestos afeminados, grotescos y eróticos, usurpan la bandera del ganadero y son representadas a veces por jóvenes venidos de la costa. Los guardianes de las juntas, en cambio, son representados por sus miembros adultos y residentes en Viscas. Con menos personas que vigilar, se agitan menos y charlan y beben con tranquilidad. Los criadores que portan la bandera de su junta suelen llevar un casco de minero —que muchos visqueños mayores de treinta años guardan como recuerdo de su trabajo en las minas de la región—; y los guardianes, un quepis y un saco de color marrón o azul “estilo militar”.

Cuando los integrantes de la junta llegan al patio donde desenterrarán las señales, toman asiento sobre mantas extendidas en pochos o sobre el suelo. Allí

reciben los cigarrillos y hojas de coca que reparten las ancianas. Solo el criador principal y el guardián permanecen de pie, uno al lado del otro, en medio del patio. Aquel sujeta su bandera, y este, una larga barreta de fierro. La orquesta, situada frente a ambos personajes, toca continuamente el arpa y el violín. En este escenario, moviéndose de aquí para allá, la *mamala* baila, habla disforzadamente y acaricia escandalosamente su inverosímil cuerpo de mujer.

Pero la *mamala* no es la única que baila: pronto salen las parejas de jóvenes y algunos adultos. Los demás fuman y chacchan hasta que, luego de media hora, el criador principal anuncia con solemnidad que comenzará el desentierro de las señales. Todos escuchan en silencio y, a la orden del ganadero, forman un círculo de hombres y mujeres intercalados que comienza a girar alrededor del criador, la *mamala* y el guardián. Este golpea el suelo con una larga barreta de hierro. Los *wahes* se suceden uno tras otro. Otro hombre ayuda al guardián retirando la tierra del agujero con una lampa. Ambos, el guardián y su asistente, permanecen bajo la atenta mirada del ganadero principal. Los danzantes miran ansiosos, gastan bromas a los dueños de casa:

—¡Creo que esa cerveza ya se la han tomado desenterrando!

—¡Ese guardián va a tener que responder por las cajas de cerveza!

El ganadero parece dudar, pregunta a los demás si están seguros de que allí enterraron las señales. Cuando la barreta choca contra una piedras planas, el guardián deja de picar: han encontrado el lugar del entierro. Entonces se agachan todos los que han permanecido dentro del círculo —menos la *mamala* que sigue bailando con alguna pareja ocasional—. Remueven las piedras y buscan las primeras botellas de cerveza. La comitiva sigue girando. Cuando el criador logra coger por fin una de las botellas, la levanta a la altura de su rostro y la muestra, llena de tierra húmeda. En ese momento, todos, espontáneamente, dejan de danzar y lanzan un agudo y prolongado grito. El baile se renueva y el guardián y el criador comienzan a ordenar las botellas de cerveza dentro de cajas de plástico. Luego de extraer más de dos docenas de botellas intactas, sacan otras botellas de licor y una vasija de arcilla llena de monedas antiguas a la que llaman *puruchuco*. Ni las bolsas de *cocachus* ni las señales (los atados de cintas, la pelambre y los trozos de orejas de las reses) suelen ser sacadas del hoyo.

Una vez que el criador deja de hurgar en el hoyo, el círculo de danzantes se desarma y las ancianas comienzan a repartir los collares del rodeo (que en esta ocasión contienen un elemento nuevo: limones). La vasija con monedas es llenada con más contribuciones —monedas de cinco, diez y veinte centavos— y vuelta a poner en el hoyo junto con las señales de ese año (y, en caso de que las hayan extraído, las enterradas en años anteriores). Algunas familias

entierran las cintas, los trozos de orejas y los atados de pelambre, separados en bolsas de plástico. Otras juntas no se preocupan por colocarlas de una forma determinada y solo las arrojan en el momento de tapar el hoyo.

Una vez cubierto el hoyo, los miembros de la junta salen bailando rumbo a la casa del criador en cuyo patio se enterrarán las nuevas botellas de cerveza donadas por los padrinos (además de las señales que corresponden al ganado de esa familia en particular). Los padrinos son elegidos anualmente entre los concurrentes al rodeo de la junta. Ellos deben donar las cajas de cerveza que se enterrarán en este día. Además de estos padrinos se nombra a los “segundos padrinos”, quienes cumplirán sus obligaciones el próximo año. En ambos casos, se trata de parejas de jóvenes parientes residentes en Huaral o Lima. Antes de sepultar las nuevas cajas de cerveza, el ganadero manda servir el contenido de las botellas enterradas durante un año a todos los miembros de la junta. Los comentarios sobre el gran poder de embriaguez de esta bebida se multiplican:

—¡Está fermentado! ¡Tomas una copita, una vaso de cerveza, y ya estás mal!
¡Es fuerte ese trago!

El capitán de la junta inicia un breve discurso:

Como cada año hacemos el entierro de la señal y sacamos lo anterior... En esta oportunidad, con este mismo cariño, con esa misma alegría de siempre, vamos a empezar nuestro entierro de señal. Para esta oportunidad hemos nombrado, como primer padrino, al joven Vicente, y de madrina, a la señorita Alvarado. Como segundos padrinos, al joven Osvaldo y a la señorita Rosa...

Los padrinos comienzan a cavar el nuevo hoyo frente a la bandera que el criador ha colocado en el centro del patio. Después de unos cuatro o cinco golpes de lampa, son ayudados por el guardián y el resto de los jóvenes. Esta sucesión de trabajadores sigue el compás de la música tocada por la orquesta o, si han sido rendidos por el alcohol, por un equipo estéreo. Cuando se ha cavado lo suficiente —el foso debe alcanzar una profundidad un poco mayor de un metro y un diámetro de ochenta centímetros— son los padrinos quienes disponen las nuevas botellas de cerveza, sacándolas de las cajas puestas al lado de la bandera. Alguien los llama y les pide que sonrían y muestren la cerveza: les toma fotografías. La chica ríe e intenta no ensuciar su pantalón negro o su chompa roja. Se quita la gorra también roja y responde las innumerables bromas que hacen los demás jóvenes.

Luego de las cervezas, siguen las cintas, la pelambre y los trozos de orejas, traídos por las ancianas de la junta. A veces, la pelambre es enlazada a una suerte de cuerda alargada cada año con las mechas de rodeos anteriores.

Esta, sin embargo y como el resto de señales, parece deteriorarse con el tiempo y nunca se desentierra más de lo que se entierra cada año. Una mujer deja de bailar, se acerca al círculo que rodea la cavidad y arroja una bolsa con cintas. Mira la grabadora en nuestra mano y se nos acerca:

—Si no se entierran las señales, los animales se pierden; o, si se venden, el dinero que ganas es siempre malgastado —nos dice sonriendo—. Así es jovencito, para que sepas.

El segundo hoyo comienza a cerrarse. El ganadero vuelve a tomar la palabra:

Casi ya culminando nuestras festividades, nuestro entierro de señal, agradecemos a los padrinos que han cumplido con la costumbre. Y a los que estamos acá, a nuestros familiares, que la divina providencia les dé bendiciones y les ayude en todo aspecto de la vida. Mis agradecimientos fraternos a todos los familiares. El próximo año estaremos celebrando de igual modo, con ese mismo cariño y con esa misma alegría ¡Tres hurras por nuestra junta!

Los jóvenes no han dejado de sucederse frente a la bandera y de coger la herramienta para lanzar un poco de tierra cada uno. Inmediatamente después del ganadero, el guardia, a su lado, comienza a hablar:

¡Va a tomar la palabra la guardia! [Risas] ¡Vamos a dar una ley exacta! Artículo... ciento dos mil [risas]. Estamos haciendo nuestra costumbre gracias a ustedes [dirigiéndose a los jóvenes que entierran las señales]. A los señores Julio y Antolín [miembros mayores de la junta] no les pasa nada. Ustedes son los que están celebrando la festividad de nuestro rodeo, de nuestra ganadería. Aunque tengamos uno, pero estamos ahí. Gracias a ustedes. Yo, solamente como criadero, les agradezco. Y a los padrinos, porque el próximo año van a dejar un recuerdo también ¡Una caja más! [Risas].

La *mamala* se ha quitado el disfraz. Los muchachos lo advierten y, entre todos, lo cogen de pies y manos. Llaman a la madrina, que recibe un látigo mientras todos exclaman: “¡Su cuatro!”

La jovencita se acerca riendo y, rodeada por todos los demás que cuentan el número de azotes, propina su castigo al muchacho al que solo le queda la falda rosada (pues se ha quitado la chompa de mujer, el sombrero de paja y los globos que formaban sus protuberantes senos y nalgas). Después de cubrir las “señales” con tierra, el hoyo es sellado con piedras planas que luego son disimuladas con una capa más delgada de tierra. La fiesta continuará aún; algunas casas estarán animadas hasta que la oscuridad sea completa; otras, hasta el alba. Entonces terminarán las celebraciones del rodeo en San Juan de Viscas.

8. CANCIONES DE LOS RITOS DE IDENTIFICACIÓN DEL GANADO EN EL VALLE DEL CHANCAY

Las fabulosas celebraciones en que los habitantes de esta comarca identifican su ganado vacuno —sea este de cada familia particular o de la comunidad en su conjunto— están siempre acompañadas de canciones. Los versos que las forman son más o menos espontáneos y conocidos por todos los habitantes del valle —algunos, incluso, trascienden más allá de la provincia—. Nosotros las hemos recogido casi siempre en el momento mismo de las celebraciones, de labios de músicos contratados —que pueden venir, según su fama, de pueblos más o menos lejanos— o de los hombres y mujeres comunes o incluso de migrantes que vienen esos días desde la ciudad de Lima. Es difícil recopilar estas canciones fuera del contexto de la fiesta. Para el habitante del valle del Chancay, guardan una fuerte carga emotiva, que no parece estar dispuesto a manifestar a cualquier forastero. Sin embargo, una vez en la fiesta, bajo la luna clara y el cielo negro de los meses de invierno, hombres y mujeres —adultos en su mayoría, pues son ellos los dueños del ganado —cantan a viva voz, solos o en grupos, y casi siempre con algunas lágrimas en sus rostros. Este es un breve testimonio.

Las canciones han sido recopiladas por nosotros y por muchos de los integrantes mencionados en la primera nota de este texto. El nombre genérico que se da a estas composiciones es *taki*. Así, hacen referencia a animales específicos: “*taki* de la borrega”, “*taki* de la vaca”, etc; o a adscripciones sociales: “*taki* del barrio Cachir”, “*taki* de la hermandad de San Miguel”, etc. Por este motivo, en la mayoría de estos casos hemos preferido poner el primer verso como título de la canción. Hay algunas excepciones: canciones singulares —llamadas “yaravíes”, “huahuayás”, “quiullos”— que aluden a determinado momento de las celebraciones del rodeo: la copulación ritual de los terneros, o la parodia de las aves de las alturas hecha por los jóvenes. En tales casos —que son los menos— mantenemos el nombre dado por los informantes. En general, los versos de las canciones —especialmente aquellas denominadas *takis*— son intercambiables y mantienen un alto grado de variabilidad. Esta depende de la creatividad del intérprete, pero también de aquellas frases que sus antepasados gustaron e hicieron conocidas. Existe un rasgo común a todos estos temas que nosotros nos hemos permitido omitir: cuando alguien termina una canción, exclama, junto con quienes lo escucharon, el típico agudo grito del rodeo: el *wahe*.

Casi todas las canciones han sido recopiladas durante la identificación del ganado. El día consagrado a esta labor es también el momento privilegiado de

las canciones del rodeo. No hemos encontrado tantas canciones en ninguna otra ceremonia, ni siquiera en aquellas tan íntimamente ligadas al rodeo como la contabilidad que realizan los capitanes en las alturas. En realidad, las únicas excepciones son los temas entonados por los adjudicatarios del ganado frente a los manantiales de la puna, y las canciones relacionadas con el particular baile que imita a las aves de alturas: el *kiwyu*.

Quizá lo más notorio de ese conjunto de exclamaciones, música, baile y canciones que conforma el rodeo, sea la gran necesidad que muestran las personas de participar en el rodeo, de que todo salga bien y de que no falte ningún detalle. Hubo un percance que nos llamó la atención poderosamente. Uno de los personajes más llamativos del rodeo, la *vaquerita*, llegó tarde a la marcación del ganado en un redil familiar de San Juan de Chauca (distrito de Santa Cruz). Aquella *vaquerita* parecía muy ponderada. Pues cuando ella llegó riéndose de todo y con el sombrero en la mano, las otras mujeres, las que habían estado cantando con esa voz estridente —o, mejor dicho, “taladrante” por la increíble dosis de lamento que tiene— las otras mujeres abrieron su círculo de brazos. El círculo que ellas formaban era como una gran pandereta en constante balanceo. Las mujeres recibieron a la feliz *vaquerita* y le preguntaron por qué había demorado tanto. Dijeron que era un gran error que la *vaquerita* se haya ausentado. Así que la *vaquerita* tuvo que explicar dónde había estado, aduciendo que, al fin y al cabo, estaba allí, con ellas. Llamó aun más nuestra atención la canción que entonces entonaron las mujeres. En ella se menciona a la *vaquerita* como un personaje muy romántico. La canción tiene, además, una melodía muy distinta a la del resto de temas que recopilamos en la región: posee una carga de lamento aun mayor. Pues enamorarse de una *vaquerita* parece cosa seria.

1. Esta cinta que te pongo...

Esta cinta que te pongo
en tus bellas orejitas
es el recuerdo de tu dueño
no lo vayas a perderlo

Esta marca que te pongo
en tus bellas paletillas
es la firma de tu dueño
no lo vayas a borrarlo.
Debes tener mucho cuidado.
Es el recuerdo de tu dueño,
debes tener mucho cuidado.

2. Cachirpampa, su estancia...

Cachirpampa, su estancia
de mi nataysenga
De la pampa, su comedero
tanque, puquio, su tomadero
Cachirmarca, su comedero
de mi shulaysenga

Shulalanga, shulalanga
piriulla wayta
Shulalanga, tandralalan
putrkula wayta

No me mojes piriulla wayta
porque mi mantita
ya está rotocito
no me mojes agüacerito
de la puna

Shulalanga, shulalanga
piriulla wayta
Shulalanga, tandrallalan
putrkula wayta

Wayrurita colorada
licorcito de Andahuasi
no me lo perturbes
a mis acompañantes

¡Huay! ¡Huay! ¡Huay! ¡Huay!
¡Viva, viva, mi nataysenga!

3. Toro pinto está bramando...

Toro pinto está bramando
y el barrosito va contestando
Con el chicote de los vasallos
ecos contestan desde las peñas

Shururuy, shururuy
piriulla wayta
Shururuy, Shururuy
patrkula wayta

En piedra laja de pampayaca
su sal le pone la vaquerita
“Cachi, cachi” llama y ellas corriendo
a su querencia están llegando

Shururuy, shururuy,
piriulla wayta.
Shururuy, Shururuy,
patrkula wayta.

Por la falda de Nacahuaca
viene bajando la majadita
La polvareda van levantando
sus luceritos siguen brillando

Shururuy, shururuy
piriulla wayta
Shururuy, Shururuy

patrkula wayta

Qué bonito sale la luna
rodeada de sus estrellas
Así mismo sale mi vaquillona
rodeada de sus vasallos.

4. Taki del barrio Cachir

Cachir es mi estancia
donde cuido a mis vaquitas
donde comen mis vaquitas
Viva, viva mi natayshenga,
viva, viva mi gleshwaqra

Aguacerito de la puna
no me mojes cuerpo entero
porque mi mantita ya está rotocito
no me mojes cuerpo entero

¡Viva, viva mi nataysenga!
¡Viva, viva mi shulaysenga!

Hachinapa, hachinapa nataysenga
Chinapaha, chinapaha shulaysenga

Wuayrorita colorada
¡Qué bonita color tienes!
Así mismo de mi patroncito,
su pochito bonita color tiene.

¡Viva, viva mi nataysenga!
¡Viva, viva mi shulaysenga!

5. Estancia de Cachirpampa...

Estancia de Cachirpampa
tú nomás sabes mi sufrimiento
con mi nataysenga.

Cachirmarca, su comedero,
de la pampa, su puquialcito;
su aguadero de mi nataysenga,
de mi shulaysenga.

Viva, viva, mi nataysenga,
qolqeshwaqra, qolqeshchaki,
nataysenga.

Por ti como queso
por ti tomo leche,
Viva, viva, mi nataysenga,

Ahí viene la lluvia,
chukapampa va nevando
porque viene la lluvia
mi mantita está rotocito
no me mojes cuerpo entero.

Piriwillala, piriwillala wayta
patrkula, patrkula wayta

6. Aumentarkuy, aumentarkuy...

Aumentarkuy, aumentarkuy,
veinte yarkuy, treinta yarkuy
nataysenga

Por usted estoy bien comido,
bien bebido,
nataysenga, shulaysenga
Usted eres mi madre
Usted eres mi padre
mi shulaysenga

Aumentarkuy, aumentarkuy,
nataysenga, shulaysenga
Viva, viva, mi nataysenga,
hoy día es tu fiesta
Shulaysenga, aumentarkuy
atuykaman, veinte yarkuy,
treinta yarkuy, nataysenga

Esto nomás puedo,
señor, ya no puedo.

7. De esta banda a la otra banda²²

De esta banda a la otra banda,
mi torito va mugiendo,
en sus ecos va diciendo:
“¡No me vendas patroncito!”

De esta banda a la otra banda,
mi torito va mugiendo,
en sus ecos va diciendo:
“¡No me vendas wacherito!”

¡Qué bonito juega el aire
con las hojas de *wamanripa*!
Así lo mismo juega el cuchillo
en sus orejas de mi becerro.

¡Qué bonito sale la luna!
¡Relumbrando el mundo entero!
Así lo mismo brilla la luna
en sus orejas de mi becerro.

¡Qué bonito sale la luna!
¡Relumbrando el mundo entero!
Así lo mismo, mi torito,
rodeadito de compradores.

¡Alfalfita verde, flor moradita!
¡Alfalfita verde, flor moradita!
¡Tú eres el alimento de mi vaca madre!
¡Tú eres el alimento de mi vaca madre!

¡Qué bonito se ve mi torito pinto!
¡Qué bonita se ve mi vaquita lila!
¡En medio de tantas, tantas vaquillonas!
¡En medio de tantas, tantas vaquillonas!

Un pedacito de queso,
dulce más que la miel.
Cuando se acaba mi queso,
ya no hay con qué comer.

8. Cántaro lleno, lleno de chicha...

Cántaro lleno, lleno de chicha.
Para invitarles a los visitantes.

Como la araña venenosa,
tú has querido envenenarme.

22 Comentario final: “Claro que el queso es saladito. Cuando se acaba el queso, ya no hay con qué comer. La papa sola no te da gusto. El queso acá es rico ¡ay, caramba!”.

Ese veneno que tú me has dado,
insatisfecho se ha avinagrado.

¡Vaquera, de esto te acordarás!
mañana cuando me muera,
llorando te acordarás.

¡Wachera, de esto te acordarás!
mañana cuando me vaya,
llorando te quedarás.

9. Taki de la vaca

Tanquecito de Conchán falda
¿Porqué te vas amarillando?
Cómo yo no me amarillo
A pesar que sufro tanto

Ya sé que viene ganadero
Preguntando por mi torito
Dos mil cuadras he caminado
Para encontrar a mi vaquita
Dos mil cuadras he andado
Para encontrar a mi vaquita

Corre, corre, corre,
corre vaquita.
Corre, corre, corre,
corre vaquita.
En tiempo de invierno,
shucuy en la mano.
En tiempo de verano,
manta a la cintura.

10. Mañana cuando me vaya...

Mañana cuando me vaya
Nadie llorará por mí.
Solamente mi vaquita,
Bramará al ver mi sombra.
Para pronunciar tu nombre
Necesito cinco flores:
ambarina, trinitaria,
rosa, dalia y alhelí.

La lechecita que me brindaste,
por falta de cancha no la tomé.

Ahora que tengo mi canchita,
toda mi leche quiero tomar.

11. Dice viene, viene, ganadero...

Dice viene, viene, ganadero,
Preguntando por mi vaquita
Dice viene, viene, ganadero,
Preguntando por mi torito.
Tal vez vendrá bien embarrado
Con el polvo del camino.

Waran minan wañukuptin
rosa purpurina,
Piraq mairaq watukushunki
Clavel rosa wayta.

De aquellos cerros verdosos,
baja la nube espesa.
De las ubres de mi vaquita,
la leche como la nieve,
la leche como la nieve.

12. Mi torito bramando...

Mi torito bramando,
en su bramido me dice:
“ganadero de bancarrota,
o camalero de vaca rota”.

¡Arriba los ganaderos y abajo los camaleros!

Shururuy, shururuy,
Shururuy wayta
Piruruy, piruruy,
Piriulla wayta

Shululuy, shululuy,
Shuruqmi wayta
Piruruy, piruruy,
Piriulla wayta

13. Cinta morada, cinta rosada...

Cinta morada, cinta rosada,
es el orgullo de mi ganado.

Veinticuatro del mes de junio,
Aniversario de mi ganado.

A la bajada de Pachcopucro...

14. Del árbol más elevado...²³

Del árbol más elevado
Del árbol más elevado
La mejor fruta se pierde
La mejor fruta se pierde

Del jardín más cultivado
Del jardín más cultivado
La mejor flor se marchita
La mejor flor se marchita

Del lugar más controlado
Del lugar más controlado
La mejor chica se pierde
La mejor chica se pierde

Esta arpita que yo lo toco,
canta y llora.
Una cholita visqueña,
mucho mejor.

15. Mariposa...²⁴

Mariposa, mariposita
eres bonita como las rosas,

como las rosas de mi jardín.

Ay, mariposa, mariposita
eres bonita como las flores,
como las flores de mi jardín.

¡Cómo he sufrido, amigos míos!
Para que se vaya y no se le vea...
Aunque se vaya, siempre regresa
muy convencida de su destino

¡Paloma!

Paloma que andas volando
por las orillas del río
préstame tus aventuras
para seguirla a mi cholita

¡Amor!

¡Ay, amor, qué estarás haciendo!
¡Ay, amor, qué estarás haciendo!
Estarás llorando, estarás sufriendo
por ese muchacho que no vale nada.

16. Eres una de las tantas que encontré en mi camino

No eres una señorita, tampoco eres nada mío
No eres una de las tantas que encontré en mi camino.

Por eso yo he venido a demostrarte mi cariño.
...Te llevaré los domingos

23 Comentario respecto a los dos últimos versos ("una cholita visqueña [canta y llora] mucho mejor"): "la mujer canta y llora mucho mejor que el arpa, porque el arpa nunca por nunca te va a hacer el amor. Puede conseguirte un amor sí".

24 Comentario previo: "Me enseñaron cómo inspirarme. Por decir, miro los pueblos, o miro las mujeres, miro los árboles, o miro el paisaje; de eso me inspiró para sacar una canción. Porque tengo un arpa. Con mi padre que está en el cielo tocábamos en instrumentos viejitos [Se emociona. Quiere llorar]. Pero yo sabía ahorrar mi dinero y me compré un arpa siquiera para ganarnos un dinero. Vivo de la música, mi ganado y la agricultura. No diré que tocamos constantemente. Solo en las fiestas: en Cormo, en Pirca, en Baños. Cuando se presenta, solo o con Juventud Visqueña". Comentario final: "se compara a la mujer con la mariposa, a la mujer que se va, que te abandona, ya no se la recoge; y a la que viene, se recibe bien recibido".

¡Ay, me rompió el corazón!
¡Esa huaralina me rompió el corazón!
¡Ay, me rompió el corazón!
¡Esa chinita me rompió el corazón!

Cuando era pollito,
las gallinas me picaban.
Ahora que soy gallito,
las gallinas me las pagan.

“Zapatito”, me estás diciendo.
Zapatito te voy a dar.
Si me sacas la vuelta,
chimpún te voy a dar.

17. Los domingos yo te esperaba...

Los domingos yo te esperaba
en el parque de nuestro barrio.
Como costumbre tú llegabas
arregladita de mamacita.
Cuando llegabas tú me decías
“¡Ay, angelito, contigo solo!”.
Cuando tú estabas conmigo,
bien arregladita andabas,
también con tu plata andabas.
Ahora que te has ido con otro,
todo cara sucia tú andas,
vendiendo chupete en la parada.

18. Ya no me importa que me ames...

Ya no me importa que me ames,
no me interesa que me quieras.
Solamente vengo a decirte,
que no hables mal de mi vida.

Ahora tengo otra chiquilla,
que me quiere con cariño.
No como tu amor voluble,
que jamás me ha correspondido.

Si algún día yo me vaya,
te acordarás de mi querer.
Otros amores encontrarás,
igual al mío, eso jamás.

¡Qué diciendo! ¡Qué pensando!
¡Ya estarás cantando!
Seguramente, de haber visto una visqueñita
¡Qué diciendo! ¡Qué pensando!
¡Ya estarás llorando!
Seguramente, de haber visto una visqueñita

Arpa y violín nunca se muriera.
Cuatro visqueñitas antes se murieran.

¡Cuatro cabezones antes se murieran!

...no me niegues esa tu boquita,
ahora dime todas las verdades.

Visqueñita, tú eres la culpable
para andar llorando por estos lugares.
Tanto que te quise, tanto que te amaba;
piensas olvidarme, eso no es posible.

Puedes llorar, puedes sufrir,
habiendo tantas hermosuras
por docenas, por montones,
como los limones.

Cómo te gusta verme llorar,
cómo te gusta verme sufrir.
Me estás queriendo, dices que no,
me estás amando, dices que no.

¡Ay, totorita del maizal!
¡Ay, totorita del totoral!
Dime, si puedes, qué voy a hacer...

19. Siempre entregaste tu confianza, tu amor y tu cariño...

Siempre entregastes tu confianza, tu amor y
tu cariño,
yo nunca supe valorarte delante de toda la
gente.
Admiro yo tus cualidades sabiendo muchas
cosas;
nunca le dastes importancia a los engaños
que te hice.

Tú me entregastes tu confianza, tu amor y tu temura,
yo nunca supe valorarte delante de toda la gente.
Admiro yo tus cualidades sabiendo muchas cosas;
nunca le dastes importancia a los engaños que te hice.

Siempre recuerdo tus palabras muy lindas que me decías:
“Nunca habrá mujeres que te quieran de verdad, como yo te amo”.
El tiempo sí me ha demostrado, tuvistes muchas razones;
ellas se fueron, solo queda su cariño verdadero.

Esos corazones que ayer fueron mías,
nunca fueron buenas,
y otras mentirosas.

Recuerdo a recuerdo,
tal vez volvería,
sí me regalas una miradita.

A la celosa,
se le mete palo, se le mete fuego,
por escandalosa.

20. Hermosa chica eres tú...

Hermosa chica eres tú
¡Qué lindos ojitos negros!
Blanca como la nieve,
hermosa como sus paisajes.

Yo me enamoré de ti,
sin saber que me amabas.
Cómo quisiera tenerte
tenerte aquí en mi pecho.
Así poder abrazarte
y entregarte todo mi amor.

Siempre fuiste caprichosa,
orgullosa, incomprendible.
Arruinaste mi cariño,
ahora me estás llorando.

Ya me voy de aquí,

para no volver,
porque tus ojitos
no quieren me mirar.

21. ¿De verdad será si me quieres...?

¿De verdad será si me quieres
o me estarás engañando?
Avisame tu descontento,
para buscar tu reemplazo.

Dos corazones amantes
puestos en la balanza
el uno quiere justicia
el otro pide venganza.

¡Ay, mi palomita! ¡Ay, mi palomita!
Volando se fue.
Dejando su nido, dejando su nido
con otro se fue.

Una, dos y tres, ya estoy en tu lado;
cuatro, cinco y seis, ya estoy en tus brazos.
Por eso yo he venido a demostrarte mi cariño,
y si tu mamá me ayuda, te llevaré yo conmigo.

22. Cuánto gusto yo tuviera...

Cuanto gusto yo tuviera
si tu mamá te dejara,
a la medianoche yo te viera,
boca arriba, boca abajo.

Ay, palomita, paloma,
paloma blanca del campo.
¿Cómo nomás te olvidaré?
¿Cómo nomás te dejaré?

Recuerda, pues, palomita,
la noche que hemos pasado
¿Cómo nomás te olvidaré?
¿Cómo nomás te dejaré?

¡Ay, palomita!
Paloma blanca sin corazón.
“Te quiero” —dices; “te amo” —dices;
y, sin embargo, me haces llorar.

23. La luna y las estrellas...

La luna y las estrellas,
ellas saben cuánto te quiero y te amo,
ellas saben que me muero sin tu cariño.

Tengo ahora otra chiquilla,
que me quiere con cariño.
No como tu amor voluble,
que jamás me ha correspondido.

Pasaste arriba, pasaste abajo,
como si fueras buena mujer.
Pero chinita, no sabes nada,
nada de nada, ni cocinar.

Quiero tomar para olvidar,
pero eso no se puede lograr.
Por ella, seguiré tomando,
seguiré sufriendo,
fue mi gran amor.

Corazoncito, corazón,
corazón decepcionado.
Corazón, ¿cuál es la razón
para andar llorando?

24. Quisiera tenerte a mi lado...

Quisiera tenerte a mi lado
para complacerte toda mi alma y mi alegría.
Quisiera tenerte en mi vida
para yo tenerte en mi lado, corazón tú.

Ahora no lo quiero despertarte
para yo robarte, mi corazón.
Porque yo te quiero en el alma,
chiquita y ronda Sumbilcana.

25. Al recordarme tu nombre, tristeza siento por tí...

Al recordarme tu nombre, tristeza siento por tí;
al recordar tu cariño, me pongo a llorar.
¡Decídate, pues, chinita, decídate de una vez!
Si tú me das tu cariño, al cielo te he de llevar.

Carrito de San Juan de Viscas, no tardes por favor;
quiero llevarla a mi amada lejos de su lugar.
Porque sus padres me odian dicen que no valgo yo,
pero mi humilde cariño nunca le haré faltar.

¡Qué mala suerte he tenido de enamorarme de la Rosa!

Yo tomando en las cantinas, ella llorando en la cocina.

¡Qué mala suerte habré tenido de enamorarme de la santa!

Yo tomando en la cantina, ella llorando en su casa.

26. Mañana cuando me vaya...

Mañana cuando me vaya,
llorando te quedarás.
Llorarás eternamente,
por el amor que se va.

Cómo quisiera darte yo un beso,
así llenarte de dicha y anhelo.
Y, de ese modo, borraré mi pena,
los sufrimientos que acaban mi vida.

Solo te pido que virgencita Carmelita
que me concedas la dicha de quererla,
tú bien lo sabes de sobra que soy bueno,
para entregarle con el alma mi cariño.

27. Quererte, amarte con locura...

Quererte, amarte con locura:
eso ya no, Marisela.
¡Cuando tomaba me mirabas con unos ojos!
Con unos ojos de culebra envenenada.

Sal, sal, sal, que yo te daré
zapatos y medias color de café.
Sal, sal, sal, que te esperaré
con cuatro patadas y un puntapié.

A veces no, a veces sí.
A veces sí, a veces no.
Esa chibola dónde estará.
¡Ay, mamacita, no sé que hacer!

Pásame la mano por aquí nomás,
pásame la otra por allá nomás.
Si eres casadita, una sola vez,
si eres soltera siga nomás.

28. Candadito de oro, puerta peligrosa...

Candadito de oro, puerta peligrosa
Candadito de oro, puerta peligrosa

En las cuatro esquinas, perlas y diamantes
En las cuatro esquinas, perlas y diamantes

Hollallay, hollallay, palomita
Hollallay, hollallay, piriulla wayta

29. Lima, Lima he andado...

Lima, Lima he andado
toda Lima he recorrido
mejor que Lima mi vaquita
mejor que Lima mi torito

Mi vaquita me protege
obstruyendo mi "mariaria"
mi torito me protege
porque ellos son el "huancario"

Quién es la que dijo
que ando llorando
quién es la que dijo
que ando sufriendo
yo no lloro nada
ando contenta
yo no sufro nada
ando alegre

Flor de palta, flor de palta
aunque pobre no me falta
flor de lima, flor de lima
aunque pobre voy a Lima

Un pedacito de queso dulce como la miel
cuando se acaba mi queso ya no hay con qué
comer

La chichita, la cervecita, no sé con cuál ama-
necer

mejor sería la chichita para poder amanecer
que se acabe, que se acabe de una vez
porque no quiero que sufra este pobre corazón

30. Como la araña venenosa...

Como la araña venenosa
tú has querido envenenarme
ese veneno no me ha caído
dentro de mi pecho se ha dilatado

Cinta rosada, cinta morada
clavel doradito
"imapunaypa" cinta rosada
rosa purpurina

Palomita blanca de la cordillera
llévale esta carta
para mi vaca madre
ella contestará con su lechecita
para su consuelo de su criadero
De la leche de mi vaca
sale queso y requesón
es que mi vaquerito
es un cholito cabezón

Alfalfita verde, flor moradita
Alfalfita verde, flor moradita
tú eres alimento de mi vaca madre
tú eres alimento de mi toro pintón

31. Seguramente estás buscando...

Seguramente estás buscando
otro cariño mejor que el mío
andas pasando de brazo en brazo
como la plata codiciada

Seguramente estás buscando
otro cariño mejor que el mío
andas pasando de brazo en brazo
como la plata maltratada

Ay palomita cuánto te amaba
ay palomita cuánto te quiero
ahora que tienes muy buenas alas
hasta muy alto estás volando

Quiéreme como te quiero si te parezco bien
amando muchos amores qué vida podrás tener
Quiéreme como te quiero si te parezco bien
amando muchos amores qué vida podrás pasar

32. Necia eres cuando yo te pido...

Necia eres cuando yo te pido
un besito, besito de amores
no me niegues esa tu boquita
no me niegues esos tus *labitos*

Las mujeres de este tiempo
es como el portero de *alao*
verdecita por encima
acabadita por dentro

Por qué llorar, por qué sufrir
habiendo tanta hermosura
por docenas, por montones
como los limones

Jardinero quisiera ser
a tu ladito permanecer
acariciarte al anochecer
luego regarte al amanecer

En esta fiesta de Chauca
muchos recuerdos me llevo
una chiquilla me dijo
a ti solito te quiero

33. Vaquerita

Ayer de tarde me puse a pensar
recordé la historia de mi vaquerita
por qué será

Será tal vez que me trae el recuerdo
de aquellos tiempos que un día encontré

Será tal vez que me trae el recuerdo
de aquellos tiempos que un día encontré
de aquellos tiempos que un día encontré
Dice que te fuiste sin decirme adiós
dice que te fuiste para no regresar
más allá del infinito siempre habrá un lugar
para ti
por el vacío que dejaste en mi amor.
Tú bien sabes vaquerita de los sufrimientos
de ayer
para olvidar prefiero cantar
para recordar prefiero cantar.

34. Blanca paloma

Blanca paloma
fue mi vaquerita
la primera
que me regalaste

Tengo mi torito
ella es mi esperanza
ella es mi esperanza
ella es mi consuelo
ella es mi consuelo

Palomita blanca de la cordillera
llévate esta carta para mi vaquerita
llévate esta tarjeta para mi vaquertita
ella te contestará con su queso duro
ella te contestará con su *lechita*

35. Canción del *kiwyu*

Botella en la mano
faltar gamunalá
Cuarenta, cincuenta litros
faltar gamunalá

¡Chur!, ¡chur!, ¡chur!

Botella en la mano
faltar gamunalá
Cuarenta, cincuenta
litros faltar gamunalá

Kiwyula, kiwyula, kiwyu
Kiwyula, kiwyula, kiu

¡Urria, mama!, ¡urria, mama!

36. Canción del *kiwyu* del barrio de Cachir

Vaquita barrosa
kashaykamargakiu
nishpata kashaikamarga
Vaquita barrosa kiw.

Kiwyula kiwyula kiwya
Vaquita barrosa kiw.

37. Abuelito...

Abuelito de Maniascancha,²⁵
este año será conmigo,
el otro año será con otro.

Abuelito de Maniascancha
Cushi Cushila
Shakia shakiala

Abuelito de Maniascancha,
este año los dos seremos,
el otro año será con otro.

38. Patrón San Miguel...

Patrón san Miguel,
patrón del pueblo,
dame tu bendición para el año.

Patrón san Miguel,
tú me designaste
en la asamblea del mes de enero.

Patrón San Miguel, patrón del pueblo,
guarda tu bendición para tu vaquera
Este año será conmigo,
el otro año será con otro.

25 La denominación cambia según el manantial frente al cual se cante. Así, Maniascancha puede sustituirse por Lulusa o Pucapuquio.